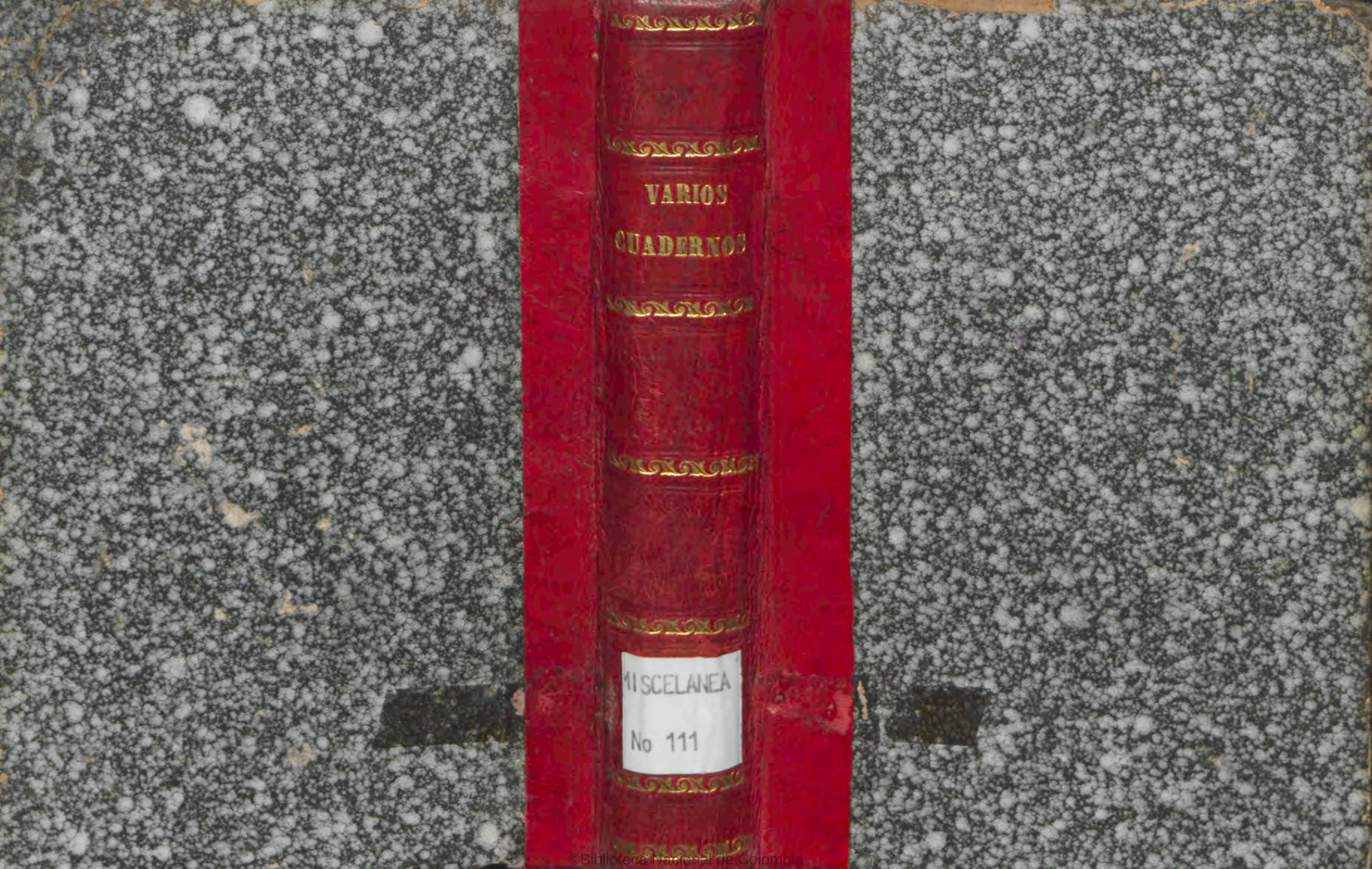

VARIOS
CUADERNOS
MISCELANEA
No 111

BIBLIOTECA DE "EL FÍGARO"

JÚPITER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

FRANCISCO GAVIDIA

1895.



SAN SALVADOR.

IMP. NACIONAL, 10ª AVENIDA SUR, Nº 84.



JÚPITER.

Al Dr. Don

Carlos Bonilla,

El Autor.

A PROPOSITO DEL DRAMA

JÚPITER es una creación grande y hermosa. Representa el estado social de toda una época. Es la figura alta y magnífica de nuestro pueblo, siempre soñador, altivo, generoso, valiente, ambicioso, empeñado en perseguir nobles ideales, pero sugeto siempre al fatalismo de su mala educación, llena de todos los errores tradicionales de la Edad Media. Ha heredado todos los vicios de la época del coloniaje, todos los fanatismos y supersticiones de una raza ignorante y envilecida, y permanece siempre apegado á sus primitivas ideas, que se aferran en su alma con tenaz insistencia, como si formaran parte de su organismo. A través de cien generaciones, conserva, aunque

dilnidos en un barniz de civilización y de cultura, la antigua humillación del esclavo, el respeto y acatamiento á los viejos hábitos de servidumbre; el temor al amo, mezclado de odios y rencores; la idea teocrática amalgamada á la idea política, formando la sola y poderosa fuerza impulsora de todos sus actos. Setenta años de educación democrática no han podido hacerle olvidar sus trescientos años de esclavitud, y continúa siendo víctima del atavismo heredado de aquella pobre raza degenerada y enferma de nuestros progenitores, humillada por el látigo del Conquistador. La educación moderna, con sus tendencias de regeneración, le liberta y le hace soberano de sí mismo, poniéndole en camino de conocer su propia fuerza y la grandeza de su destino; pero en su alma conserva aún los últimos girones de sombra de su antigua vida miserable, que le impiden contemplar en todo su esplendor las claridades bienhechoras de la civilización, y contribuyen á que se verifiquen en él reacciones espantosas: así, el poder le vuelve loco é implacable: su cerebro se aturde ypadece vértigos de sangre: tiene sueños imposibles; desvaríos de una mente poblada de visiones y fantasmas. Empero, en medio á las sombras que se amontonan en su espíritu, se le aparece á todas horas la amada vi-

sión blanca: la libertad. Ámala sin darse cuenta de ello, dominado como se halla por sus confusas ideas teológicas y políticas; mas no sabe conservarla ni apreciarla.

Blanca, en mi concepto, simboliza la libertad. Júpiter la ama como una necesidad imperiosa de su corazón, como la grande aspiración de su alma; pero él es un esclavo y no la comprende: está todavía muy por debajo de ella. Las ideas de éste, oscuras, abstrusas, atropelladas, incoherentes, le tienen como maniatado y no le permiten más atrevimientos que los de la fuerza brutal é inconsciente. Por eso, cuando el poder se halla en sus manos, no piensa en acercarse á ella sino por la violencia, á que le conduce la fuerza de sus pasiones y el conocimiento instintivo de que no llegará á poseerla de otro modo.

Hay en estos amores de Júpiter una fatalidad abrumadora de donde surge todo el drama: Júpiter es negro y su amada es blanca. Es decir, dos ideas antitéticas colocadas frente á frente y que de suyo son incompatibles é infusibles. La luz es más fuerte y triunfa siempre de las tinieblas; la noche es artera y solo triunfa matando ó envileciendo. Pero he ahí que de esa negrura emerge algo como una claridad de estrellas en una noche tenebrosa: el alma triste de Júpiter,

embellecida por la abnegación y el sufrimiento. Esa claridad viene á ser como un punto de contacto que le acerca é identifica á la "amada visión blanca", la divina mujer que parece revestida con los resplandores de la aurora. Su heroísmo mueve á admiración y su sacrificio le enaltece á los ojos de aquélla, que para él ha venido á constituir "el adorado imposible de su vida." El es la noche y vive envuelto en ella y no siente que se acerca el día venturoso, la hora feliz en que la luz vendrá á desvanecer las densas sombras de su espíritu. La duda es el estado permanente de su alma. Duda de todo; de Dios, de sí mismo, de las personas que le rodean, y sólo vendrá á despertarle la realidad esplendorosa cuando su síno fatal le haya colocado á las puertas de la muerte. Blanca le admira y le compadece á la vez; pero no le ama. Mas la admiración como la compasión suelen conducir de modo inadvertido y por extraña senda al culto del objeto que las motiva, y acaban por imponerse al alma tomando las apariencias del amor. En Blanca únese al mismo tiempo la gratitud, que es otro sentimiento de igual manera comprometedor para las almas delicadas.

Así, pues, procede lógicamente cuando imprime un ósculo en la frente del esclavo, cuando

éste, bañada en sangre la cabeza, después de haber sufrido el tormento del aro,—á que le condenan por su obstinado silencio respecto á las revelaciones que le piden,—se desvanece casi en los brazos de ella, anonadado por el dolor físico y por la intensa emoción que le produce el encontrarse al lado de su amada. Y comienza de nuevo la lucha en su corazón. Después, agotadas sus energías, atribulado su espíritu, trastornado por la inmensa pena de su amor imposible, ciega por completo. Tiene sed de sangre, de venganza y de odio.....

De pronto cree haberse salvado; ha tenido una idea portentosa, atrevida, deslumbradora.... ¡Ha pensado en una corona de oro, que ha de ceñir sus sienes como las de Fernando VII, su rey! "Voy á cubrir mis cicatrices con una diadema de oro", dice. Y sueña y delira....Oh! Esto será para él la dicha, la riqueza, el poder....el amor de Blanca!....Sobre todo, el amor de Blanca! Tiene en sus manos el rayo y á sus pies las ebrias muchedumbres, que le aclaman. Sí; será rey, y Blanca ya no se avergonzará de él, miserable esclavo antes, y luego, muy pronto, señor todopoderoso.

Un intruso, Beltranena, ha venido á acabar de complicar la situación. Este Beltranena es el

espíritu del mal, que viene á soplar al oído de Júpiter cosas horribles: es un hombre sagaz, y hace penetrar en el alma del negro, poseída ya de las embriagueces del éxito, el veneno sutil del odio hacia Celis, padre de Blanca, al mismo tiempo que fomenta sus proyectos ambiciosos y le halaga en sus pasiones. Y el negro, que es la voluntad y la acción personificados, se deja, sin embargo, llevar dócilmente por aquel espíritu diabólico, que le conduce á su perdición. Obedece sin discernimiento, inconscientemente, como un sonámbulo que ejecuta un mandato desconocido: no es ya dueño de sí mismo. Después del admirable sacrificio por el padre de su amada, se enfurece contra éste y piensa en darle la muerte, él, que antes le había dado la vida. ¡Oh contradicción suprema! ¿Y por qué? Porque se había interpuesto entre su amada y él. Era un obstáculo que se oponía á su dicha. Y le mata en el momento decisivo en que Blanca, toda emocionada y palpitante, llega á ofrecerle algo parecido á lo que él soñaba; no el amor, que era un imposible, pero sí el sacrificio de su belleza, de sus tesoros virginales, de todo su sér físico: Blanca sería su esposa, pero á condición de salvar la vida á su padre, su heróico padre, que lo era también de la libertad! Pero he ahí que el padre de

Blanca yacía inanimado é inerte y era imposible salvarle, y de tal situación nace un conflicto terrible, abrumador, desesperante, sin solución posible, á menos de tener el poder de un Dios. ¿Qué remedio, entonces?....¡Solo la muerte! Y Júpiter se clava el puñal en el pecho, cerrando para siempre la época de sus padecimientos, de sus amores y de sus locas ambiciones.

***

He creído hallar en *Júpiter* todo un simbolismo. Así, por ejemplo, como ya en otro lugar lo he expresado, Blanca simboliza la Libertad; Júpiter, el Pueblo; Celis, Delgado y Arce, la Revolución, y Beltranena, la Aristocracia. Pero declaro que no pretendo sostener tal idea, que por lo demás no es exclusivamente mía, pues algo hay en ella que pertenece al autor de la obra, y es la de hacer de Júpiter el símbolo ó encarnación del Pueblo.

De propósito me he concretado á hablar casi solo del protagonista del drama, porque, á mi humilde juicio, es el personaje que más resalta en la obra y el que tiene más vida. Júpiter, es una creación vigorosa y de alto vuelo: su figura sombría se destaca magnífica en medio del marco de

la Revolución de 1811 y marca con precisión el carácter y el modo de pensar de nuestro pueblo en aquella época, de este pueblo que parece no haber cambiado y que tan poco ha aprendido, á pesar de las lecciones de la experiencia y de los golpes que ha sufrido en su peregrinación independiente. Blanca, el doctor Celis, Delgado y Beltranena, que después de Júpiter son los de mayor importancia y significación, vienen á quedar relegados á término secundario y casi se ven eclipsados ante la enorme silueta del esclavo.

No sabré decir si este modo de pensar mío obedece á una impresión demasiado viva ó á una interpretación falsa de la idea del autor; mas de todos modos insisto en afirmar que el drama es una excelente manifestación del talento privilegiado de Gavidia. Si tiene defectos—que no hay duda los tiene—quédense para ser juzgados por otros que tengan mayores alientos y entiendan mejor en achaques dramáticos; pero aún así debo decir, porque así debe serlo en justicia y por si hubiere quien le salga al paso á nuestro joven dramaturgo, que estos no son sino ensayos de un arte nuevo entre nosotros,—aquí donde hasta hoy hemos sido tributarios de países más adelantados en esa materia, así como lo somos de otras literaturas, ya bien delineadas y perfectas. Cuando

hayamos llegado á igual altura y tengamos nuestro teatro,—que lo tendremos,—entonces venga, si quiere, la crítica, y muéstrese implacable, si para ello tiene motivos.

Carlos G. Zeledón.
(PAUL DE GÉRY.)



ESTE drama se representó en el Teatro Nacional de San Salvador el 2 de Julio de 1895 con el siguiente reparto:

PERSONAJES:	ACTORES:
BLANCA CELIS...........	Sra. Dolores Rodríguez
SANTIAGO CELIS.........	Sr. F. J. Huertas
EL PADRE DELGADO	„ F. López
MANUEL JOSÉ ARCE	„ M. Banuet
FERMÍN DE BELTRANENA.	„ Gabriel Carbonell
JÚPITER, *esclavo*.........	„ Arturo Buxéns
JORGE, *oficial*	„ A. Coll
GONZÁLEZ, *carcelero*.....	„ N. N.

Puebl ›, Conjurados, etc.

La escena pasa en 1811.

ACTO I

Sala en casa de Celis.—Puerta y ventana al fondo.—Puerta lateral que dá al despacho de Celis.—Otra á la izquierda.—Estilo de tiempo de la Colonia.

ESCENA I

BLANCA; ENGRACIA á la ventana.

Blanca.—(*Cosiendo*). Mi padre ha pasado la noche fuera de casa.

Engracia.—(*A la ventana, aparte y viendo hacia la calle.*) Ahí está —Parece que hubiera resuelto rondar la casa. Hasta hoy, y ello ha durado cinco años, este hombre se contentaba con pararse en el atrio de la Merced todos los días, á ver entrar y salir á la señorita, cuando madrugábamos á misa ..... Si ella llegare á saber este amor tan ridículo, tan loco y repugnante, se cubriría de vergüenza y se pondría furiosa. Yo me he reído mucho de esto; pero ...... ¡San Antonio, si habré hecho mal en no decir al amo lo que pasa! .... A bien que no podía tomarlo yo á lo serio .... Ella tan noble y tan bella y él tan miserable y enamorado!.... (*Viéndole*) Ah! ah!....

Blanca.—(*Cosiendo*). De qué te ríes, Engracia.

Engracia.—De un esclavo que está ahí.

Blanca.—Será de los del vecino de Gómez. Pobres! les pegan tanto. A través de las tapias se oyen sus gritos cuando los azotan.

Engracia.—No es de don Juan de Gómez; es el del Padre Delgado.

Blanca.—En su casa pasaría la noche mi padre. ¿Ese esclavo se llama Júpiter, verdad? (*Va á la ventana*).

Engracia.—(*Aparte*). La ha visto asomar y se marcha.

Blanca.—Dicen que ese esclavo es muy listo porque el Padre le ha enseñado á leer, escribir y contar, y que tiene libros como si fuese una persona decente. Pero he ahí que se ha ido cuando yo iba á preguntarle por mi padre. (*Vuelve á sentarse y cose*). He aquí que habré acabado en sólo esta mañana el faldellín de nuestra señora del Pilar de La Merced ... Ello es que el hilo de oro me ha herido este dedo; pero mi madre antes de morir mandóme que rezase todos los días por ella delante del altar del Pilar, y mi pobre Virgen tiene un faldellín que es una lástima.... Es tan buena conmigo, y me consuela tánto en mis aflicciones ....

Engracia.—(*Viendo hacia la calle, y aparte*). Júpiter ha vuelto á plantarse en la esquina. Y ello es que con su poncho pardo y sus polainas amarillas, y sus fuertes espaldas y su cabeza arrogante, y su cara negra y su aire silencioso, á veces tiene un aspecto que parece hermoso y que da miedo....

Pero qué le pasa? He ahí que se va á pasos rápidos......

Blanca.—Dos puntadas más y he concluido.

Engracia.—(*A la ventana*). Ah! es que ha visto al amo que llega.—Señorita, su padre.

(*Sale.*)

ESCENA II

CELIS, pensativo; BLANCA.

Blanca.—Buenos días, padre. (*Celis no le oye*). No me oye.

Celis.—Estás aquí, hija mía. ¿Ha venido á buscarme el Padre Delgado?

Blanca.—Debe estar diciendo su misa de á ocho. ¿No preguntaste en la calle á su esclavo?: estaba en la esquina hace un momento.

Celis.—No lo he visto. El Padre debe de haberle apostado allí para que le diese parte de mi llegada. (*Aparte*). El también está impaciente.

Blanca.—(*Aparte.*) Entonces mi padre no ha pasado en su casa la noche.... (*Alto*) Pero es ya tarde de la mañana. Padre, voy á servirte el chocolate. (*Celis no le oye*). No me oye. (*Pausa.*)

Celis.—Anda, hija mía.

Blanca.—(*Aparte*) Qué es lo que así le preocupa?

Celis.—Anda, te digo, hija.

Blanca,—(*Aparte*). Parece que le importuna mi presencia.

(*Yéndose.*)

ESCENA III

CELIS.

Esto es, pues, un hecho.... Trescientos años hace que no se oye un grito de guerra en Centro-América. Somos nosotros los que vamos á perturbar tan larga noche, y esta palabra: "Independencia" va á hacer aparecer en nuestro cielo oscuro la figura resplandeciente de la Patria. La Patria.... Qué sentimiento es éste, para mí tan nuevo y tan grande?....¡Si yo nunca he tenido Patria! *(Pausa)*. En esta revolución, sinembargo, un presentimiento me está diciendo que algo falta: algo falta....Ah! esta idea que quiere irradiar en mi mente, se escapa á mis deseos sin llegar á encenderse. ¿No estaba (*incoherente*) allí Júpiter?... ¡Qué nombre para un esclavo!.... Cierto es que los poetas han puesto en voga los nombres paganos ...pero ¡qué idea me viene! ¡Júpiter esclavo! ¡Un dios que tiene en sus manos el rayo y que lleva la cadena á sus plantas; ese dios que es un esclavo, ese esclavo que es un dios, ...¡èse es el pueblo! Oh señores revolucionarios, amigos míos, sacerdotes que leéis á Voltaire, Coroneles del Ejército Real, Doctores de la Pontificia Universidad de San Carlos, nobleza de sangre española.... ¡vosotros queréis una patria para vosotros sólos y en vuestro provecho; por eso no habéis pensado en el pueblo!.... Pues bien, ¡el pueblo será el amo! Sí; allí estaba Júpiter,—el esclavo, el dios, que debemos redimir, (*entra el Padre Delgado*)—y por cierto que plan y todo se han presentado en mi espíritu de golpe.

ESCENA IV

CELIS; DELGADO.

Delgado—Estás intranquilo, conspirador.

Celis—Padre, Juan Manuel Rodríguez ha vuelto de Nicaragua. He pasado con él la noche.

Delgado—Cuándo llegó?

Celis—Hace dos días desembarcó en La Unión: venía en el bergantín "María Teresa"; ha reventado un caballo y anoche pudo estar en la hacienda de Guardado. Estuvo en León y Granada, y convinieron los liberales de Granada en rebelarse el mismo día que nosotros: mañana, cinco de Noviembre.

Delgado—Qué alegría, Celis! Pues también los Aguilar han llegado; Nicolás, Manuel y Vicente. Vuelven de las ciudades. De aquí iré á verles.

Celis—Dónde posan?

Delgado—En casa de Arce: recibí recado de ellos al salir de decir misa... Por desgracia, mis cartas de San Miguel son desfavorables, y en San Vicente el Padre Molina, con su elocuencia, ha probado en el púlpito, á los vicentinos, que una insurrección popular ocasionó la muerte de nuestro señor Jesucristo, y que, por tanto, deben abstenerse de revolucionar. Me temo que la clase decente no baste á conseguir el triunfo; y el pueblo va á ver la insurrección como si no le importase, y talvez con disgusto.

Celis.—La culpa no es suya.

Delgado.—Le he hablado de Libertad y él no me ha entendido.

Celis.—Padre, yo tengo mi plan: véndeme á Júpiter.

Delgado.—Qué dices, Doctor?

Celis.—Júpiter pueda ser nuestro hombre.

Delgado.—Es difícil: Júpiter es más realista que el rey Fernando VII.

Celis.—¿Cómo!

Delgado.—No sabría explicártelo. Lo compré rapazuelo, á un tal Taracena de Guatemala, aficionado á la Mitología, que le puso á su negrito. como pudiera hacerlo con un perro, el nombre de Júpiter,—á quien, por lo demás, hacía dar azotes mañana y tarde; y ésto hizo que yo se lo comprase movido á lástima. Yo me entretuve en enseñarle á leer y escribir. y hoy mi esclavo me sirve de secretario. Lleva en la cabeza las comedias de Calderón, cuyas historias imaginarias de reyes, príncipes y princesas, le embeben casi tanto, Dios lo perdone, como las Vidas de los Santos,—pues eso sí, es buen cristiano mi pobre negro...... aunque con sus puntos de visionario y fanático. Según él, hay un gran malhechor en el reino,—nuestro sabio amigo, José Francisco Barrundia. Contrastes de la vida: un esclavo es el súbdito más fiel del Rey Fernando VII.

Celis.—Con todo, ese esclavo es un hombre.

Delgado.—Es más: el Verbo Divino (*se santigua*) nos enseñó que es nuestro hermano.

(*Pausa*).

Celis.—Pues por eso, Padre, el amor á la libertad está en el corazón de todos los hombres.

Delgado.—Sí; pero es preciso saberla entender, y en tus confidencias con Júpiter nos iría la vida.

Celis.—Pierde cuidado, Padre; yo sabré comprometerme sólo: además, ¿quién se resiste á la luz?

Delgado.—Para aquel que acabase de ser ciego, un rayo de luz sería un mal. Tú eres médico.

Celis.—Padre, el espíritu no es como la materia. Véndeme á Júpiter.

Delgado.—Yo no vendo hombres, soñador. Haz con él como quieras.—Y á otra cosa. Sé que Gutiérrez de Ulloa sospecha que vá á estallar la revolución. (*Llaman dentro*) Parece que llaman al zaguán.

Celis.—Espera. (*Va á la ventana*) Precisamente, es el ayudante de Su Señoría el que llama. (*Habla hacia la calle*) Por aquí, señor Alférez. (*Vuelve con una carta*). Advierte el Intendente, dice el Alférez — que como veré por esta carta, tanto interés tiene él como yo, en cierto asunto á que ella se refiere; y que desea hablar conmigo. Cuál será el asunto? (*Lee*). Pues, yo creía... Ah (*Se ríe*).

Delgado.—Ya veo que te ríes.

Celis.—Me río; pero es un asunto muy serio para mi casa el de esta carta, que me escriben de Guatemala. Javier de Beltranena me pide otra vez la mano de Blanca para su hijo don Fermín. He aquí la sustancia (*Lee*) "No opondréis dilación nueva á "este enlace: en nuestras familias no es una vin- "culación impropia. Don Juan Vicente, poco "después de la Conquista, casó con doña Beatriz "Pascual, Celis por parte de madre;—Don Miguel

"Antonio, (de esto hace noventa y seis años,) ca-"só con doña Laureana, también Celis, y tía abue-"la mía en quinto grado;—y á la vez, finalmente, "su prima doña Juana Lorenza, casó con don "Alonso, mi abuelo materno." Hay aquí una genealogía de la casa Beltranena.

Delgado.—Lo cierto de todo, amigo, es que la casa Beltranena está arruinada. Hay algo al reverso.

Celis.—Es un post-scriptum: "El señor Intendente os hablará".... Oye, Padre...."os hablará despacio "de ciertos trabajos secretos de rebelión en esa, "de que puede que tengáis noticia, y de que se con-"versa por acá en la capital del reyno: mi hijo el "Coronel don Fermín va comisionado en reserva "por la Capitanía General y con grandes poderes, "para mantener ó para hacer entrar eso en orden, "pues el señor Gutiérrez de Ulloa es muy tole-"rante ó muy débil, y pide fuerzas veteranas de "la milicia del Rey. La Capitanía se ha limitado "á enviarle al Coronel mi hijo, cuyo carácter de "hierro bastará para el servicio de Su Magestad, "que Dios guarde. Vuestra influencia ayudará "al Coronel, si, como espero, empezáis por contar-"le como de la familia. Mi hijo estará en esa, se-"gún orden de la Capitanía, el cinco de Noviem-"bre".... ¡Mala coincidencia!

Delgado.—Pero es tardía; estamos á cuatro. Con que ya ves el concierto en que te hallas con tu yerno. La fecha de esa carta?......

Celis.—Veinte de agosto de 1811.

Delgado.—Y llega la carta á la vez que el Coronel; lo cual quiere decir, que debido á los tiempos revolucionarios que corremos, ha mejorado el servicio de correos de Su Magestad. Voy á casa de Manuel José. Hasta luego. Pero antes, ¿quién dará la hora de cita?

Celis.—Juan Manuel Rodríguez.

Delgado.—¿Tú la sabes?

Celis.—La dos de la mañana.

Delgado.—¿Mudaremos el lugar de reunión?

Celis.—Hoy será la finca de Guardado: unas seis cuadras más acá de Mejicanos: hay un camino que conduce á un bosque: en un claro está la casa de la hacienda. (*Vase el Padre*) ¡Mándame el esclavo! (*Delgado se vuelve*).

Delgado.—Ah! Júpiter ... Me olvidaba de ello.

ESCENA V

CELIS; BLANCA.

Blanca.—Perdóname—(*Se lanza á su cuello*) Déjame que te abrace.

Celis.—¿Qué te sucede, hija mía? Veo que estás llorosa.

Blanca.—A mí, nada me sucede; pero tú hace días que estás pensativo, intranquilo....

Celis.—Yo....?

Blanca.—Dudoso, triste....

Celis.—Has notado eso....?

Blanca.—Y de seguro sufres.... Y lo mismo pasa al Padre Delgado....

Celis.—Es extraño lo que hoy descubro en mi hija. Pues quién te autoriza, Blanca, para que nos observes de ese modo....?

Blanca.—Padre, te he dicho que me perdones.... Óyeme, hace un instante estaba yo á uno de los balcones que dan á la calle, cuando salió de aquí, por esa puerta, el Padre Delgado. Llevaba iluminado el semblante por una extraña alegría. Me vió sin fijarse en mí; y pasó á mi lado sin saludarme....

Celis.—Blanca, ¿porqué me impacientas?....

Blanca.—Oh! no me he atrevido á suponer lo que os pasa ni he querido saberlo, puesto que tú no me lo has dicho; pero hoy, al ver el semblante del Padre Delgado, el corazón me ha golpeado con violencia, y he venido á hablarte: ¿dime, pues, vamos á separarnos, acaso?

Celis—(*Aparte*). Qué dice esta niña? (*Se pasea*). Y en verdad, si yo no amase á Centro-América, este sería el momento de volver á atrás.... ¡y si yo muriese! ¡y mi hija!....

Blanca.—Mira, esa palidez que te demuda el rostro y aquella alegría que tenias antes, y la alegría del Padre, ésas me ponen fuera de mí!!....

Celis.—Calla, Blanca! El Padre ha tratado conmigo un asunto muy serio, porque lo es la libertad de los hombres....

Blanca.—La libertad de los hombres?.... No te entiendo, padre.....

Celis.—El Padre me ha dado su esclavo y yo voy ponerlo en libertad.

Blanca.—Hablas del esclavo que llaman Júpiter?

Celis.—Sí. ¿Tú me has dicho que es gran devoto y que asiste diariamente al oficio divino?

Blanca.—Todos los días muy de madrugada que voy á la Merced, á la luz de los hachones que llevan los criados, le alcanzo á ver á la puerta del templo, donde está de pie, medio perdido en la sombra. (*Celis se pasea*). Siempre ha estado allí.... Siempre. (*Aparte*). ¿Qué agitación le vuelve?

Celis.—(*Aparte*). ¡Hacer frente á las milicias del rey un puñado de señores, de Doctores y hacendados, seguidos de su servidumbre y sus peones! ¡quién duda que sería inútil esa carnicería! Esas cosas sólo puede hacerlas el pueblo!

Blanca.—Padre, por última vez, ¿vamos á separarnos?

Celis.—Al fin y al cabo, tú tienes derecho á hacerme esa pregunta suprema. Mira, pues, Blanca; mira tus pensamientos frente á frente. ¿Y si hubiésemos de separarnos?

Blanca.—Ah! con que es verdad?

Celis.—Tú no lo sabes. Pero si fuese cierto, qué piensas que harías?

Blanca.—Entrar al Convento de Carmelitas, padre. Y allí talvez me moriría....

Celis.—Porqué piensas eso? Así como te separaste de tu madre así te separarás de mí algún día.

Blanca.—Pero tú no has de morir también....

Celis.—Yo no soy inmortal. Y podríamos separarnos

por otros motivos que no fueran la muerte.... ¿Tú no amas á nadie? (*Pausa*). No has elegido un hombre para esposo? (*Aparte*). Se está pasando mi tiempo......

Blanca.—Padre, yo no amo. Yo sólo amo á Dios y á tí. Siempre habría esperado que tú me dieses un esposo.

Celis.—En todo caso, Blanca, como algún día, sabe Dios de qué modo, nos separaremos, debo decirte que aunque mi fortuna es grande, pesa sobre ella una maldición que voy á hacer levantar.... Un soldado de la conquista, Celis, nuestro antepasado, fué *encomendero.*

Blanca.—Qué es eso?

Celis.—Que el rey le dió varios pueblos de indios numerosísimos, los cuales hacían tres partes de su trabajo, una para el rey, otra para el "encomendero" y otra para ellos; pero en el trabajo, que era de minas, los pueblos de indios murieron y desaparecieron. Y esta fortuna, que ha llegado hasta mí, fué amasada, como ves, parte con robo, parte con sangre. El rey hará como quiera y sepa, que yo también lo haré: voy á devolver por lo menos la tercera parte de mi fortuna á su dueño.

Blanca.—¡Dices cosas extrañas! Pero....

Celis.—No me preguntes dónde está el dueño! Yo sabré hallarlo. Pero tú que eres mi única heredera, debías estar entendida de ésto,.... y he debido decírtelo....

Blanca.—Ah! vamos, pues, á separarnos. No lo dices;

pero me lo previenes.... entonces me abandonas? Y porqué vas á dejarme huérfana? ¿qué he hecho? Padre, qué he hecho?.... Por eso tú, antes sereno y dulce conmigo, hace días estás sombrío é impaciente. Habla! Padre! Háblame! *(Lo abraza).*

Celis.—El corazón de esta niña da unos latidos que derriban mi voluntad. (*La rechaza*).

Blanca.—Padre, me rechazas.

Celis.—No, Blanca—(*Aparte*) Si ello fuese posible, hoy sería tiempo de volver atrás. ¡Diosa grande y terrible! ¡mira, toma en cuenta, Libertad, esta otra vida que por tí arrojo á la balanza del triunfo ó el sacrificio! (*Abraza á Blanca,*). Tengo, en verdad, un cuidado, Blanca; pues, sí, ciertamente, mucho debe inquietarle á un padre la suerte de su hija.

Blanca.—Mi suerte? No te entiendo, padre.

Celis.—Un noble Señor de Guatemala te pide por esposa.

Blanca.—A mí?....Un noble Señor de Guatemala?

Celis.—(*Resentido y aparte*). Ah! va á dejarme. *(Alto).* Ya ves como puedes elegir entre un novio y un convento. (*Con esfuerzo*). Mira, esta es la carta en que me piden tu mano. El pretendiente es don Fermín de Beltranena, que hace dos años solicitó el mismo enlace. Cuentas diez y ocho años y la ley me permite disponer de tu suerte mientras no cumplas veinticinco, mas pienso que seas tú quien resuelva este asunto. Tú dirás qué contesto. (*Le da la carta.*)

Blanca.—(*Con candor*). No sé leer carta, padre.

Celis.—Tu buena madre, que está en el cielo, siempre se opuso á que yo te enseñase á leer carta. ¿Sabes por qué? (*Se separa de ella, que permanece pensativa. Aparte*). Luego, este asunto lo complica todo, y es preciso, por si me descubrieran y prendiesen, ó si he de morir en la rebelión, ó si ella se casa y se va con ese desconocido, es preciso que yo asegure el porvenir de mi hija: urge, que haga mi testamento.— Blanca, es indispensable que sepas lo que dice esa carta. Quédate aquí; pronto llegará el esclavo, á quien le dirás que te la lea. Es un negro que sabe leer. — Amantes que no se conocen no tienen que guardar secretos.

ESCENA VI

BLANCA; *luego* JÚPITER.

Blanca.—¡Conque esta boda es lo que apena tánto á mi padre? Con todo, si yo me casase, siempre podría vivir á su lado.... ¿Cómo será el señor de Beltranena? (*Entra Júpiter*)

Júpiter.—(*Deteniéndose. Aparte*). He ahí la blanca y divina mujer.

Blanca.—Entra, Júpiter. (*Él obedece*). Toma y lée esta carta. (*Él recorre el papel con la vista sin leer y luego contempla á Blanca, silencioso y suspenso. Aparte*). ¡Cómo será una carta en que la piden á úna por esposa? "Un noble señor", dijo mi padre. Un noble señor! Será joven? Debe de ser hermoso.—Lée, esclavo.

Júpiter.—(*Volviendo en sí. Aparte*). Ella me habla y estoy como en un sueño. Creo que me ha mandado que lea esta carta....? (*Lee para sí y se extremece*) Ah!!

Blanca.— Lée. ¿No sabes leer?

Júpiter.—Qaién os ha dicho que me déis á leer esta carta?

Blanca.— Mi padre. (*Lo ve cada vez con más extrañeza*).

Júpiter.— (*Aparte*). Ah! entonces el Padre Delgado me entrega al señor de Celis porque se ha descubierto el secreto amor del esclavo, y voy á ser azotado en la picota.... Y Blanca me escarnece dándome á leer esta carta del hombre á quien va á pertenecer.... Fermín de Beltranena, un Noble; algo que está muy arriba de mí y que va á ser dueño de Blanca; ¡ah! está ese hombre tan alto que solo puedo alcanzarle....con un puñal!! (*Blanca se levanta aterrorizada*).

Blanca.—El esclavo gesticula como un ébrio. (*Le ve con miedo y burla*). Está ébrio.

Júpiter.— Oh infierno! Se está burlando de mí! (*Blanca se aterra*) Oidme, Doña Blanca; por fuerza en estos últimos días he cometido imprudencias que han dado qué reir; que á vos os irritan y que á mí ¡oh! me afrentan.... Mientras mi faz negra, como una roca, no dejó traslucir el fuego de mi culpa, nadie más que yo se abrasaba en este infierno; pero esta tierra misma que hollamos, con ser insensible é inmensa, á veces tiembla y deja ver sus palpitaciones; y del mismo modo mi ocul-

to delito, alguna vez habrá extendido hacia afuera sus llamas y su fulgor ha encendido vuestra faz de vergüenza! Ah! este secreto criminal no me lo había aún confesado á mí mismo, y ya otros hay que me delatan; y me condenan, cuando yo me creía todavía inocente. Y ahora, es preciso que sepáis, para que juzguéis cuán involuntaria es la ofensa, que ardiendo en esta hoguera de mis deseos, he necesitado perseguir con ellos una dulce visión blanca; y caminar más hacia ella cuanto está más lejana; y amarla con más ardor cuanto es más imposible. ¡Esta dulce visión blanca es hoy para mí la picota! (*Trágico y humillado*).

Blanca.— (*Aparte. Ingénuamente*) Calle, si es loco, pero habla con gracia.

ESCENA VII

Dichos, CELIS.

Celis.— Estás ahí, Júpiter.—Blanca, están en el jardín las señoritas Arce con tu primo Bernardo.

Blanca.— Primo Bernardo? Ah! él va á leerme esta carta. (*Va, vuelve y abraza á su padre*). Señor doctor, no te aflijas: siempre haré lo que tú mandes. (*Vase corriendo*).

ESCENA VIII

JÚPITER; CELIS.

Júpiter.— (*Aparte*) Qué va á pasar aquí?

Celis. — Júpiter, desde hoy cambias de dueño: he que-

rido comprarte; pero el padre Delgado me ha hecho de tí un obsequio.

Júpiter. — Ah! ....

Celis.—Porqué lo extrañas?

Júpiter.—Señor, el Padre Delgado en tantos años como ha sido mi dueño, me había hecho olvidar mi condición miserable. Culpa ha sido de él, que me elevó á su compañía y su trato, si yo, sin recordar mi humillación y el abismo de donde él me había sacado.... he dado rienda á mi soberbio corazón, —y he cometido faltas que hoy le obligan á dejarme de su mano y á abandonarme á mi primera suerte de....

Celis.—Tú no debiste aceptar tu esclavitud por lo mismo que era tan agradable: ¿está contento el león porque sean más fuertes que los de cualquiera otra los hierros de su jaula? ¿La amistad mezclada á la esclavitud, no hacía tu cadena doblemente pesada? Tu bajeza se agravaba con la compasión que recibías.... Su bondad enaltecía á tu amo; á tí, que agradecías el ultraje, te hacía despreciable doblemente. Tu mismo nombre de Júpiter, es un nombre injurioso, que el dueño le da á su perro....á menos que sea el nombre de un dios. Todo en tí, pues, viene á ser irrisión y miseria. El esclavo,—cuando bajo el esclavo está todavía el hombre—lleva escondido un puñal, en espera de no sabe qué hora de grita y sangre.

Júpiter.—(*Levantando su poncho y mostrando el cintu-*

rón). Aquí está, vedlo. ¿Querríais que con él diera muerte al padre Delgado?

Celis.—Sí, si te hubiese cerrado el paso cuando tú quisieras ser libre.

Júpiter.—Era mi amo; y además ¡un sacerdote!

Celis.—Aunque lo fuese. Tú lo habrías sacrificado al dios de que debe ser sacerdote el esclavo: la Libertad.

Júpiter.—(*Aparte*). Es sacrílego!..Oh no es posible!.. Más bien querrá conocer mis pensamientos....

Celis.—(*Aparte*). Está pensativo.

Júpiter.—Señor, habéis querido poner á prueba mi fidelidad con el amo á que he pertenecido. Sabed que aprendí mis deberes de esclavo en el libro en que está toda la verdad.

Celis.—Tus *deberes de esclavo*?....y cuál es ese libro en que están toda la verdad y tus deberes de esclavo?

Júpiter.—La Sagrada Biblia. Epístola de San Pablo á los Romanos.

Celis.—Pues en eso la sagrada Biblia miente. Y si hay un Dios,—¡oye, hay un Dios, ante quien me prosterno y en cuya bondad infinita creo!—si hay un Dios que ordena al esclavo como un deber su esclavitud, ese dios miente, ese dios no es dios,—y así como te he dicho que hubieras debido abrirte paso con tu puñal sobre tu antiguo amo, el Padre Delgado, que es mi mejor amigo, si él se hubiese opuesto á tu libertad,— así te digo que apuñalées con tu pensamiento á cualquier dios que desde el cielo te ordene como un deber tu esclavitud.

Júpiter.—(*Aparte.*)—Me ha parecido que temblaba el firmamento mientras oía hablar á este blasfemo.—Ah! puesto que me decís que me abra paso con mi puñal sobre mi propio dueño.... el Padre Delgado no es ya mi dueño: ¡mi dueño está delante! ¡¡Quiero ser libre!!.... (*Saca el puñal*).

Celis.—Así, así te quiero; vas á ser libre. No pongo sinó una condición. Irás á los barrios de San Salvador, y cuando hayas, como yo á tí, infundido al pueblo, esclavo como tú, vergüenza de su esclavitud, le darás armas para que proclame la libertad y la independencia de la Colonia. Responde. (*Prolongada pausa*).

Júpiter. — Ah! señor, ¿se trata de rebelarnos contra el Rey?

Celis.—Sí; y de librar la Provincia de la influencia diabólica del Arzobispo de Guatemala.

Júpiter.—(*Aparte*). Creo que ha hablado claro. Iré de aquí al Intendente á denunciarle. (*Blanca se detiene á la puerta de la derecha*). Oh, ángel!

ESCENA IX

Dichos; Blanca.

Blanca.—(*Irresoluta*). Padre, nos ha leído la carta mi primo Bernardo, á las Arce y á mí, y todos juntos hemos concertado una buena contestación, puesto que tú has querido que yo resuelva el asunto. Escribe al señor de Beltranena, que cuando yo conozca á su hijo el Coronel, daré

mi respuesta: que yo agradezco al Coronel que él haya pensado en mí para hacerme su esposa: y que si me caso con su hijo, y vamos á Guatemala, será á condición de que tornemos ambos á vivir á tu lado. He dicho bien?

Celis. — Esa carta dice que Beltranena debe llegar á cinco de Noviembre y estamos á cuatro. Vas á conocerle. Déjanos, Blanca.

Blanca. — Voy á conocerle! (*Aléjase pensativa*).

Júpiter.—(*Aparte*). Oh! qué hacer para que ella no le conozca jamás? (*Blanca sale*).

ESCENA X

Dichos, menos Blanca.

Celis.— Lo ves? Esta sociedad es una cárcel que ha construido el despotismo: y en ella, todos llevamos un eslabón de la inmensa y pesada cadena. El carcelero de medio mundo es el Rey Fernando ... Esclavo, has visto esa blanca niña? Es mi hija: ella sigue la corriente fatal é irá contenta á manos de quienes yo desprecio. Va á casarse con un hombre á quien no ama ni conoce, y tú lo has visto en esa carta, él viene quizás á encarcelarme ó matarme. Y tú, esclavo, no ardes en indignación como yo? .... Oyeme, Celis tiene su libertad en su alma., y seré libre aun rompiendo por la muerte: puedo matar á mi hija antes que fructifique en el pantano como flor aciaga .... Tú, si tuvieses una hija, verías venderla y prostituir-

la sin tener derecho á exhalar una queja, ó si amases á una mujer que el destino ha puesto en la cúspide de la babel espantosa, si sólo te atrevieses á pensarlo, serías colgado en la picota y muerto á furor del látigo.

Júpiter.—Oh! qué es preciso hacer? Puesto que esas palabras todo lo derrumban y todo lo nivelan ¿qué es preciso hacer? ¿qué es preciso hacer para llenar el abismo, ganar la altura y lograr lo imposible? ...... No más palabras. Rebelión! Muera el Rey! Abajo el Arzobispo! Decidme que todo lo maldiga: ¡maldito sea todo! y tomad á ese precio la salvación de mi alma.—(*Bajo*) Blanco, si habéis querido burlarme y vengaros, llevándome á la inquisición y al tormento...., blanco! el esclavo lleva sobre su pecho un puñal: juro á Dios que vais á enmudecer para siempre!

Celis.—Ah! eres incoherente é insensato: la libertad da fiebre. Espera. (*Va á la mesa y saca una llave.*)

Júpiter.—(*Aparte*) Este hombre satánico me arrastra. Qué importa?.... Sólo se que Blanca espera á un hombre: que va á llegar Beltranena: que se me ha dicho que puede ser mía!.... Fué eso lo que él me dijo? ó me han engañado mis oídos? Cómo! ¿si hoy he oído todo lo increíble! y después de cinco años de desesperación la esperanza se apodera hoy de mí, y no tengo fuerzas para rechazarla. (*Vuelve Celis*).

Celis.—Calma, Júpiter. De hoy más, calma: toma esta llave que es la de mi caja: hay allí la parte de mi

caudal que le toca á la Patria. Haz que toda la gente que te siga esté bien armada. Es preciso triunfar !

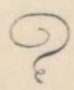
Júpiter.—Es preciso triunfar: así será ó yo habré muerto!

Celis. — Bien, amigo mío; de hoy más te quedas en mi casa. Vuelvo para que formemos nuestro plan, pues tengo en mi escritorio ciertos papeles. Espera. *(Entrase.)*

ESCENA XI

JÚPITER.

Ella está ahí..... Oh Infierno ! Si estos son favores tuyos, haz por lo menos que no me vuelva loco ! *(Telón)*



ACTO II.

Sala en una casa de hacienda. Puerta y ventana sin reja al fondo, que dan á un bosque. Arden antorchas en la pared. Puerta á la derecha.

ESCENA I.

CELIS, saliendo de la derecha se dirije á la ventana; trae una careta en la mano.

Qué puede ser?.... Se oye en la selva un rumor como si un hombre corriera por entre la maleza.... Esta vez se ha oído bien.... Sí, es un hombre que huye.... A pesar de lo cerrado del bosque, la luna penetra en unos claros, y he visto un bulto deslizarse á lo largo de la quebrada. Paréceme que da la vuelta esquivando el camino real. Aun creí haber oído un grito.... Ahora queda todo en silencio. *(Pausa)*

Júpiter, dentro.—Libertad ó muerte!

Celis.—Quién va? *(Se cubre el rostro)*

Júpiter.—Soy El Pueblo.

ESCENA II.

CELIS, JÚPITER.

Celis.—Eres tú, Júpiter.—Dime, ¿no has escuchado un rumor como de un hombre que corriese por el bosque?

Júpiter.—(Aparte.) Es mi diabólico Doctor.—*(Alto).* No. *(Aparte).*—Le he mentido.

Celis—(*Sacándose del pecho una careta*).—Te he reservado esta careta para que te cubras. No te fíes de todos. (*Le da la careta*) Estarán hoy aquí los amigos importantes de San Miguel, San Vicente, Sonsonate y Santa Ana. Ten calma: estás agitado—Ellos van á llegar, los momentos que corren son supremos porque va á amanecer un gran día en El Salvador, y es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre nuestra futura República. (*Entra por la derecha*).

ESCENA III.

JÚPITER

Anda, Satanás. Ignoras que vas de triunfo y que mis manos ya están manchadas de sangre!!.... La buena suerte es mi cómplice y me precipito fácilmente en el abismo. Cuando mi alma volaba hacia arriba, y en la altura veía al Rey, la religión y sus santos, el templo y sus pontífices, entonces Blanca, la estrella de mi vida, resplandecía muy alto, ah, muy lejos.... Hoy que se despeña en estas profundidades en que veo por do-

quier tinieblas, en medio de tanta sombra, la dulce y resplandeciente visión blanca se acerca á mis ojos, y cuanto más me despeño, resplandece más cerca. No de otro modo, el arcángel Luzbel, cuando estaba en el favor de Dios, sentiría una sed constante, una sed imposible de saciar;—no de otro modo, cuando se despeñaba en los abismos eternos, se consolaría de haber quebrantado las leyes celestes, con la esperanza de hallar una felicidad para él sólo, en su horrenda libertad y su soberbia sin límites; y entonces vería,—como yo,—resplandecer una visión, cual si fuese el sol de la alegría en el fondo de aquel mismo infierno que á mí también me espera. ¡Ah! ya no vacilo.... por llegar pronto á Blanca. La plata y el oro han pasado por mis manos, como un río, y he comprado hasta al último truhán su furor y sus crímenes. Calma, Júpiter. (*Se sienta*). Beltranena había caminado la noche..... para caer sobre San Salvador de improviso. Esto es. Me voy. Ah! no lo recordaba ya: ese hombre ha quedado muerto en el camino. Se me va la cabeza. Torceré el rumbo y volveré á la ciudad ganando los cercados. ¡Oh, no más vacilaciones, digo, y vaya á grandes trancos descendiendo desde luego al infierno! (*Levántase*). Para qué me dió el Doctor esta careta? No parece sinó que se trata de representar una tragi-comedia!.... Hágase el mal de frente y que el diablo nos estime por nuestro descaro. ¡Fuera caretas! (*Sale bruscamente, arrojando desesperado la careta.—Pausa*).

ESCENA IV.

BELTRANENA, que asoma la cabeza por la ventana del fondo

Qué extraña casa es esta? No se vé una alma por toda ella, y es necesario que yo me acoja á cualquier parte. (*Desaparece para luego aparecer por la puerta. Una larga capa roja lo cubre; sombrero negro de anchas alas*). El lance del ladrón provinciano es digno de mí, pues en apuros como ése, un elegante hábil pone á prueba su ingenio y su temple. Se lo escribiré á mis amigos; ay! de buena gana me reiría, si no tuviese herido este brazo. (*Mírase el brazo izquierdo, y al abrir la capa se ve el vestido manchado de sangre y lodo*). Me parece que echa sangre. Aquel negro de seguro es muy fuerte. ¿Pero es un ladrón como me parece? "El señor de Beltranena"— me dice saliendo al camino de entre la maleza. —"Quién me nombra?"—le respondo.... Yo pude mentir, ¡mala peste! pero la sorpresa me vendió.... Ahora, porqué sabe mi nombre?..... ... Y si lo pronunció para cerciorarse de si yo era Beltranena, como es seguro ¿cómo pudo saber que llegaba y que llegaba hoy, y de noche precisamente? él.... un negro, un esclavo?....... Porque sólo tienen noticia de mi llegada el Intendente y el señor de Celis, mi futuro suegro.... con cuyas luces cuento para mi desempeño.... Hum!...... Blanca Celis es famosa por su belleza, y talvez un rival.... ¡Creo que acierto!—"Defiéndete", me grita el bandído, lanzándome terribles improperios.... Yo echo pie á tierra, tiro del sable: él cierra furioso, me desarma, me derriba y me clava el puñal..... El no vió que en el

brazo . . . . . Conocí que iba á secundar y á matarme, y adiós vosotros, favor del Rey, el oro de Celis y mi bella novia que voy á conocer dentro de poco. Antes que el esclavo me hiera de nuevo, me desplomo intencionalmente, finjo una agonía, y le digo desde el barro con voz entrecortada :—"Por la Virgen del Viejo! déjame el aliento para rezar mi última oración". . . . El asesino se santiguó, y heme ahí muerto esperando que el ladrón llegue á aligerarme del dinero, el reloj y las ropas; lo cual pudo hacer que entendiese que yo estaba vivo; pero se contentó con robarme. . . . . á lo que parece, ... (*se registra*) mis papeles . . . . Ah! ah! ya veo claro: —en todo esto interviene el diablo, ó sean los señores liberales, que es lo mismo. Por lo que hace al asesino dibujaba en la noche una silueta infernal que no olvidaré en la vida . . . . Mi caballo correría por esos campos pues no he podido hallarlo. ¡Conque este puñal viene dirijido por los revolucionarios! Amanezca el nuevo día y yo les arreglaré las cuentas; pero ya es tiempo de hablar al dueño de la hacienda y que acabe la aventura. (*Da algunos pasos hacia la puerta por donde entró Celis y se detiene asustado*). Diablo !. . . . . ¿qué mala visión es esta ? embozados negros con antorchas, y un puñal clavado sobre una mesa. . . . . ¡si me habrá dado calentura esta herida ! . . . .pero no; lo que veo es cierto : un hombre enmascarado está escribiendo, y con qué ardor!, hasta aquí se oye el rasguear de la pluma. . . . ¡Mala estrella ! parece que he venido á dar á manos de los conspiradores. (*Retrocede*). Si fuesen á venir por esa puerta!. . . . ¿si me estarán acechando? . . . .Animo! todo está

en silencio....Volvámonos por esa puerta, y á ganar monte. (*Va á salir cuando oye ruido de pasos y voces que llegan por el fondo*). Me cierran la salida....he caído por mí mismo en una trampa. (*Se abre la puerta del fondo: Beltranena inclina la cabeza para ocultar el rostro: entonces ve á sus piés la careta que arrojó al irse Júpiter.*) Una careta que veo á tiempo. (*Mientras él se inclina entra un grupo de conjurados cubierta la faz con caretas y abrigados con capas negras. Beltranena se cubre el rostro y se vuelve á ellos embozándose*).

ESCENA V.

BELTRANENA; GRUPO DE CONJURADOS.

Los conjurados—Libertad ó muerte! (*Pasando; y éntranse por la derecha*).

Beltranena.—(*Aparte*). Es la consigna. (*Alto*). Libertad ó muerte. (*Entra por el fondo otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VI.

GRUPO DE CONJURADOS, BELTRANENA.

Conjurados.—Libertad ó muerte! (*Pasan*).

Beltranena.—Libertad ó muerte! (*Otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VII.

CONJURADOS, BELTRANENA.

Conjurados.—Libertad ó muerte.

Beltranena.—Libertad ó muerte. (*Pasan*).

ESCENA VIII.

BELTRANENA.

Beltranena.—San Salvador no estará lejos, á lo que pienso; mas por si volviese tarde con gente armada, más vale saber lo que dicen estas máscaras.... (*Grupo de enmascarados*).

ESCENA IX.

CONJURADOS, CELIS, ARCE; BELTRANENA.

Conjurados.—¡Libertad ó muerte!

Celis.—Libertad ó muerte!

Beltranena.—Este parece de los cabecillas. (*Lo dice por Celis*)· No le perderé de vista.

Un Conjurado.—Soy " Independencia ".

Celis.—Y yo "Democracia". (*Se reconocen.—Bajo*). Santiago Celis.

Conjurado.—(*Bajo*). Manuel José Arce. Es preciso que hablemos á mi tío, pues pasa algo muy grave que debo deciros á ambos.

Celis.—Su contraseña es " Patria ".

Arce.—Esperad.

ESCENA X.

BELTRANENA, CELIS.

Beltranena.—(*Acercándose á Celis*). Amigo mío, parece que no han llegado todos los que debían. (*Aparte*). Pondré atención en la voz.

Celis.—¿Qué les ha retraído?

Beltranena.—Eso me pregunto yo ¿qué puede ser?

Celis.—Sabéis si ha llegado el agente de la Capitanía?

Beltranena.—Sí ciertamente, ha llegado. (*Aparte*). Pues cómo lo pregunta si ellos mismos han mandado asesinarme? ¡Ese esclavo vuelve á ser un enigma!

Celis.—Si ha llegado ha sido por la noche. Hasta hoy en la tarde nada se sabía.

Beltranena.—Ha sido por la noche efectivamente.

Celis.—Estáis seguro?

Beltranena.—Podéis creerlo.

Celis.—¿Vos le conocéis?

Beltranena.—Cuando estuve en Guatemala le conocí de cerca.

Celis.—Y qué tal hombre es él?

Beltranena.—(*Aparte*). Vaya! la verdad.—Un hombre implacable con los enemigos del Rey. Es bueno que estemos impuestos de esa circunstancia.

Celis.—Sólo necesitamos un breve espacio, amigo; si hasta entonces no descubre nada, podéis estar seguro de que no es temible.

Beltranena.—Pero es lo malo que según informes que tomo por interés propio, él está informado más de lo que conviene á la conjuración.

Celis.—Cómo! vos también sois de los que creen que hay entre nosotros quien nos traiciona.

Beltranena.—Ciertamente (*Aparte*). Qué escucho!

Celis.—Si creéis eso, cuidad de no decirlo hasta dentro de algunos momentos.

Beltranena.—Estoy seguro de lo que os digo. (*Aparte*). Así meto desconfianza.

ESCENA XI.

DICHOS; CONJURADOS

Arce.—Soy Independencia!

Celis.—Y yo Democracia!

Delgado.—Y yo Patria! *(Los tres forman aparte un grupo en el proscenio).*

Beltranena.—(*Bajo á un conjurado.*—Hay entre nosotros un traidor. (*A otro conjurado*). Hay un traidor entre nosotros. *(Se pierde en los grupos del fondo hablando en secreto á los conjurados).*

Delgado.—Qué dices?

Arce.—Que alguien ve en el esclavo un espía de Gutiérrez de Ulloa y va á denunciarlo á la Junta.

Delgado.—Pues qué hay?

Arce.—Hay que se le ha visto al anochecer salir de la guardia de Palacio: luego ha estado en la *Taberna del Seis de Agosto* derrochando en unión del oficial de arcabuceros Góchez y del sargento Aleaga, y después en los barrios, con gente de la plebe á quien daba de beber largamente. Le siguió el guarda de esta hacienda y dió parte á su amo.

Delgado.—Es preciso hablar al guarda.

Arce.—El guarda anda huyendo lo mismo que el amo.

Beltranena.—(*Saliendo de un grupo, dice en voz baja á un conjurado.)* Hay aquí un traidor! (*Rumores de cólera é inquietud*).

Delgado.—Qué dices de esto, Celis?

Celis.—Yo os respondo de Júpiter; mas si fuese verdad que nos traiciona; mía es la culpa; y seré yo quien

baje sobre él el puñal justiciero con que han clavado en aquella mesa la denuncia: voy á ofrecerlo á la Junta. (*A los conjurados*). Vamos, señores! (*Entran por la puerta de la derecha los conjurados.*) Amigo, (*á Beltranena*) por lo que pueda suceder, quédate á la puerta y haz de centinela. (*Sigue á los conjurados.*)

ESCENA XII.

BELTRANENA.

Beltranena.—Aquellos tres parecían los Jefes. (*Rumores de voces dentro*). Hay uno que habla. Es todo ello una extraña gerigonza......Libertad, Igualdad, Fraternidad .....Jorge Washington...... Revolución Francesa...... El infame Fernando VII........libertad de los esclavos; oiga! y qué compasión por los negros!....(*Entra Júpiter y se detiene en la puerta del fondo. Beltranena se vuelve y ve á Júpiter*). Pero qué veo?.. ...Este es mi asesino. (*Júpiter avanza al proscenio*).

ESCENA XIII.

Dicho, JÚPITER.

Júpiter.—Ellos piensan mucho; yo siento más; y mis pasiones caminan con más rapidez que sus pensamientos, y, cuando su cabeza ha alumbrado breve espacio, ya las llamas de mi corazón han desatado el incendio. (*Rumores á la derecha*) En

verdad, (*representando*) ellos, como yo, persiguen una visión resplandeciente: ellos su visión que llaman La Libertad y yo mi visión que es.... Blanca. (*Rumores y gritos*). ¿Mas qué pasa? Han gritado ¡traición!.... y me parece que me nombran.

Beltranena.—El esclavo es el traidor, dicen.... (*Grita*). Aquí, amigos! Ved aquí al traidor! (*Cubre la puerta del fondo.*) Buena es la ocasión para deshacerme de él.

ESCENA XIV.

Dichos; CONJURADOS.

Conjurados.—Muera el traidor, el espía!!

Beltranena.—Sujetadle. (*Lo hacen*). Démosle muerte!

Conjurados.—Es un espía!

Uno.—Qué pudistéis esperar de un esclavo! De un negro!

Júpiter.—Así como estáis, vuestros rostros son tan negros como el mío. Un esclavo es un hombre que atisba la hora de rebelarse: un esclavo es siempre un traidor. Los oprimidos acechan á los opresores: el negro lleva pintada su alma en el rostro; me llamais *El Pueblo:* el pueblo es un esclavo, en cuyo pecho hierven el rencor, las celadas, la traición contra el amo. Yo soy el pueblo porque estoy en acecho, porque soy el rebelde, porque soy el esclavo: ¡mi alma, quemada por el odio, como mi faz, es negra! ¡soy el traidor de siempre! ¿Pero vosotros, porqué tenéis las faces

negras, tenebrosas é inmóviles como la mía? ¿Acaso el alma se os ha ennegrecido y os habéis nivelado conmigo? ¡entonces todos aquí somos traidores!

Un conjurado.—Eres insolente! *(Voces irritadas).*

Otro.—Nos hablas con descaro!

Otro.—Y nos insultas!

Otro.—Eres cínico!

Arce.—Nos ha llamado traidores.

Otro.—Es un ignorante.

Otro.—Quiere hacerse el idiota!

Otro.—Habla crudo!

Otro.—En todo lo que ha dicho hay disimulo.

Arce.—Se llama traidor y nos llama traidores.

Varios.—Nos llama traidores!! *(Tumulto).*

Beltranena.—He ahí mi voto: ¡la muerte!

Varios.—Miserable! ¿á quién traicionamos nosotros?

Júpiter.—¡Al rey!!

Un conjurado.—No le escuchemos, señores.

Beltranena.—Ya ha confesado su traición: no le escuchemos y que empiece la votación.

Celis.—Todavía no. A no dudar, pasa algo inexplicable en el esclavo. Permitidle que exprese sus pensamientos obscuros.

Un conjurado.—Es espía. Defiende al rey con firmeza y nos acusa de traidores.

Otro.—Pues qué! ¿piensas que nosotros somos esclavos como tú y que el rey es nuestro amo?

Júpiter.—Que el rey es nuestro amo! Si.

El conjurado.—*(Con ferocidad).* Quitadle de enmedio.

El tiempo urge y no hemos de perderlo hablando con un espía de Gutiérrez de Ulloa. Es evidente que es un tradur: mi voto es ¡la muerte!

Júpiter.—Lo soy, y tánto como vosotros.

Celis.—Dejadle explicarse; y cuando hayamos juzgado de los hechos de este hombre, veremos si merece la muerte. (*A Beltranena*). Traed de aquella mesa el puñal que el acusador ha clavado sobre la acusación; yo os ofresco de nuevo que le inmolaré con mis propias manos si resulta culpable. (*Beltranena trae el puñal*). Pero antes de llegar á ese extremo, Conjurados, exijo que le juzguemos tranquilamente.

Beltranena.—He aquí el puñal, señores

Una voz.—Si no eres traidor, defiéndete.

Otra.—Qué fuiste á hacer á Palacio hoy á las seis de la tarde?

Otra.—Qué tienes apalabrado con el jefe de arcabuceros, el Capitán Ildefonso Góchez?

Otra.—Porqué llegaste á esta hacienda en unión de gente desconocida?

Delgado—Dónde están las armas?

Júpiter.—No os responderé si antes no me permitís que os hable despacio del Rey Fernando VII. A él debemos lealtad y vasallaje. Es el descendiente de aquellos reyes que mandaron sus hombres vestidos de hierro sobre los indios; que pusieron sus virreyes y sus capitanes generales sobre los tronos de los caciques; que cambiaron las lenguas de los indios por la lengua cas-

tellana; que derribaron unas ciudades y fundaron otras; que aniquilaron una raza y formaron otra nueva; que despedazaron los dioses malos y sobre toda la América hicieron abrirse los santos brazos de la Cruz: ¡toda la América es del rey Fernando, nuestro señor y dueño!

Beltranena.—Espero una señal para herirle. *(Levanta su puñal sobre Júpiter).*

Celis.—Detén el brazo. *(Sujeta á Beltranena).* Y oye, tú, "Pueblo". Pedro de Alvarado derribó los dioses sanguinarios y sobre sus altares elevó la Cruz, y nosotros del trono de los reyes vamos á hacer el altar de la Libertad: ¡la idea nueva debe matar la idea vieja!.... ¡Ah! Si nos ves negras las caras no es que la traición se oculte tras los antifaces; mas bien estamos así porque representamos la nueva nación todavía sin nombre; los futuros ciudadanos, envueltos en la noche de la colonia; las conciencias amenazadas y perdidas hoy en un océano de oscuridad más profunda que las tinieblas con que nos enmascaran estos girones de terciopelo. De la sombra que nos oculta van á salir el hombre y la nación del porvenir. Imagínate, "Pueblo", el aspecto que presentaría el caos, antes de que Dios soplase sobre él las prodigiosas corrientes de vida de su Palabra; ese aspecto era de sombras de sombras; montes, llanuras, torrentes y tempestades desatadas, todo esbozado, todo informe, todo hecho de sombra: todo como un mar sin límites en que se debatían

en una borrasca sin ruido, las gigantescas olas de las tinieblas: el mismo, ¡oh "Pueblo"! el mismo aspecto que presentarían, si pudieses ver detrás de estas caretas, las almas de estos hombres; el mismo que presentarían San Salvador y todo nuestro grande Istmo acostado entre dos océanos, si pudieses ver sus almas gigantescas tras del doble lienzo del despotismo y de la sombra con que los enmascara esta noche que en la Historia va á ser memorable. ¡Si tú pudieses ver como nosotros, si nosotros pudiésemos ver claramente tras esas caretas, tras esa noche! ¡Cuántas ansias de vida plegan las alas en su seno!....

Júpiter, interrumpiendo.—¡O más bien, qué ambiciones!

Celis.—Cuántas ideas redentoras!....

Júpiter, interrumpiendo—O qué errores, desaciertos y blasfemias!

Varios conjurados.—No interrumpas.—Ya basta!—A votar! á votar!

Júpiter, sin inmutarse.—¡Qué ceguedades, qué pasiones!

Celis.—¡Cuántas cabezas en que yace entre cenizas la chispa divina arrebatada á la hoguera celeste; brazos que empuñarían la espada en que resplandece la luz de la libertad, pechos en que apenas ruje, como una tormenta muy lejana, la palabra que defiende, que proclama, que salva los derechos de los pueblos oprimidos; la protesta que arroja á los cuatro vientos la verdad que redime, con bautismo de fuego, las ignaras muchedumbres! ¡Bajo estos antifaces, bajo esa noche

espesa, bajo este caos, hay un mundo, una nación, una República! Espera breves horas. Cuando llegue el nuevo día, así como en el principio la palabra del Creador, llevaba en su soplo la luz, y con sus ecos todopoderosos iba modelando los globos gigantescos, y con su vibración tachonando los cielos de constelaciones y estrellas, así la palabra "libertad," que también es de Dios, dentro de breves horas, va á encender en este pueblo, que yace en el caos, una vía-lactea luminosa de ciudadanos, un cielo de espíritus libres, una República democrática!!

Conjurados.—Viva la libertad! ¡Viva la República!!
(*Júpiter tranquilo. Beltranena se ríe*).

Beltranena.—*(Aparte).* Escribiré hoy mismo al rey; él me premiará por esta noche pasada entre frenéticos!

Jupiter.—Quien quiera que tú seas, que comparas una obra de rebelión con la de Dios, sabe que tus palabras son una blasfemia. Ya que hacemos el mal, veámoslo frente á frente, y confesémoslo. ¿Por ventura si mañana, se forma una cuadrilla de fascinerosos y declara la guerra á los hombres, al Rey y á Dios, con palabras obscuras y con espantables blasfemias, estos bandidos dejan de ser hombres malos para ser héroes ó ángeles? Habéis hablado del caos. Ya lo veo. Las malas pasiones van á desatarse como huracanes; los brazos que hoy no mueve el odio ó la venganza, van á elevarse armados; y hay mucho desconocido

bajo esta noche: la tea del incendio va á mostrároslo. ¿Qué os mueve? No os conozco; ocultáis los rostros: si pudiese ver detrás de vuestras caretas, descubriría en efecto un caos de ambición, de pecados, de rebeliones.

Celis.—Este caos va á hablarte: vas á oír sus voces. Quiénes somos nosotros? hablémosle!

Un Conjurado.—Le hablaré yo el primero. ¿No sabes que el Rey Fernando VII ha traicionado á su patria y la ha vendido al Emperador Napoleón? Yo soy la *Moral Universal.* ¡Muera el Rey! ¡Viva la República! (*Tumulto*).

Otro.—¿No has oído hablar del famoso ladrón cuatrero á quien llamaban *Ceniza?* Fué despedazado en la plaza de San Miguel por cuatro caballos salvajes. De mozo era criado de mi casa y la historia de su tormento horroriza allá á los niños. Pido tiempos mejores y desconozco el poder de España. Mi nombre ante vosotros es *Justicia.* (*Voces: Bien! Bien!*)

Otro.—Mi abuelo era un protestante alemán: oraba en su alcoba y ocultaba sus creencias como si fuesen un robo. Mi padre me hizo bautizar, para librarme del odio público. Pero yo, después de sesenta años de vida, en mi corazón soy protestante como mi abuelo. Aborrezco á los reyes de España, los muertos y el vivo. Yo me llamo el *Libre Pensamiento.* (*Tumulto*).

Arce.—Yo soy *Independencia.* No pienso más, ni sien-

to más, sinó que soy un brazo armado de una espada. (*Aplausos. Voces*).

Otro Conjurado.—Yo soy el *Derecho*, y basta.

Otro.—Yo la *Esperanza.*

Otro.—Yo la *Idea.*

Otro.—Yo soy indio: soy La Vieja Raza exterminada: ¡muera el Rey! ¡muera España! (*Voces: ¡Muera!*)

Otro.—Yo me llamo Progreso.

Otro.—Yo soy la Razón Humana.

Delgado.—(*Adelántase*). Podría ser de los opresores y ofrezco mi vida por los oprimidos. Podría ayudar al Arzobispo, obscurecer las conciencias, engañar al pueblo; recibir honores del Capitán General, y bendecir las naves en que van los deportados á Ceuta y las prisiones en que gimen los amigos de la libertad. Pero ahogan mi corazón las lágrimas de doce generaciones que pasaron por América bajo el azote de los tiranos. De esta tierra abonada con sangre de esclavo es el barro de que formó Dios mi cuerpo. Sus dolores presentes punzan mi pecho: la luz de un gran porvenir es la aureola que rodea mi alma. Sus montes, sus ríos, sus bosques, su sol, sus crepúsculos son la poesía que embellece mis recuerdos. Mi trabajo es forjar sus destinos: mi gloria sería que en su historia viviese mi nombre. Yo me llamo *Patria.* (*Agitación*).

Conjurados, en tumulto.—Somos *La Libertad.—La Justiticia.— La Patria.— La Razón.— El Derecho.—. La Propiedad.— La Ley.—La República.*

Júpiter.—Todo esto me causa turbación y horror!

Arce.—Basta, señores. Tocante á tí, esclavo, la cuestión es otra. La lealtad existió siempre y el traidor fué sentenciado á muerte en todos los tiempos. Has traicionado la conjuración. La votación va á empezar.

Júpiter.—Oídme antes pocas palabras. *(Saca un papel de su bolsillo).* Tengo aquí este papel que contiene una noticia que no es conocida en todo el reino sino de Su Señoría el Intendente y del Excelentísimo Señor Capitán General. Sabed que hace dos meses la revolución ha estallado en México. (*Les da un papel que examinan*).

Un conjurado.—Es un oficio del Virrey!

Otro.—Méjico está en armas! (*Agitación y tumulto*).

Otro.—¡Viva México!

Conjurados.—¡Viva México!

Júpiter.—En esa noticia observad esto: el Virrey fué llamado á la cabecera de un moribundo: el moribundo era un conspirador que próximo á comparecer ante Dios, confesó su delito y delató á sus cómplices, que fueron presos; pero un cura, que era el alma de la conjuración, y que se llama Miguel Hidalgo, ha apresurado los sucesos y levantado el estandarte de la revolución en un pueblo llamado de Dolores. ¿Permaneceréis vosotros firmes en nuestros propósitos aun en el lecho de la muerte, en el tormento y en el cadalso? Si hay quien vacile, que se aparte de nosotros.

Un Conjurado.—Qué cambio es éste?

Otro.—El tiempo es precioso. A votar! A votar!

Otro.—¡El moribundo sería un esclavo como tú!

Otro.—Se te han pedido las armas!

Otro.—Ha eludido la defensa.

Arce.—Ni una palabra más: ¿no tienes algo que añadir en tu defensa? ¡responde!

Júpiter.—Van á responder por mí los hechos.

Delgado.—Las armas que se guardaban en la troje de esta hacienda, han desaparecido. ¿Sabes dónde están las armas?

Júpiter.—(*Con sencillez.*) Muy bien lo sé, mi amo: yo he puesto esas armas en manos de los calvareños. Y sé más, que vosotros no sabéis: sé que los barrios de Concepción, Candelaria y la Vega juntos, dan mil hombres de arma blanca.

Los Conjurados.—(*Con sorpresa*). Ah!

Júpiter.—Contamos también con el capitán Góchez, edecán de su Señoría, y con el sargento Aleaga, de la guardia. (*Pone sobre la mesa unos papeles*). Aquí tenéis otras noticias. Juan Nepomuceno Cacho Gómez, contador de diezmos de Comayagua, trae de Honduras ciento diez hombres. (*Viendo una carta*). De ellos ocho reciben el prest del bolsillo de Nepomuceno; pues este hondureño hace méritos para pedir á su Magestad una contaduría de tabacos. (*Toma otra carta*). Por si esta tropa no bastase para meter en orden á San Salvador, el Coronel de Aycinena, ha puesto sus tiendas orillas del Paz, pronto á acudir á la primera señal de insurrección. Son los suyos quinientos

hombres. Trae, sobre todo, para apaciguar al pueblo, al Padre Vidaurre, que es un gran predicador. ¿Ignorabais todo esto? Esta es correspondencia del Intendente y debe volver esta misma noche á su despacho. (*La guarda*). Tendremos, pues, que resistir las milicias de las provincias de Guatemala y Honduras. (*Rumor*). Si hay entre vosotros quién vacile por ello á fé que no tiene razón, pues dentro de algunas horas tendremos á San Salvador en nuestro poder, y hay en la sala de armas de palacio doscientos mil pesos del Tesoro Real y tres mil rifles, con los cuales podemos hacer frente á las milicias de todo el reino. Como sabéis, hoy debía llegar el Coronel Fermín de Beltranena, agente secreto de la Capitanía. Ved aquí sus papeles é informaos de sus planes. Llego de lejos, y estoy cansado. (*Se sienta*).

Los Conjurados por grupos cuchichean.—Bravo! Magnífico! (*Leen los papeles*). Ha querido probarnos.

Beltranena—(*A un lado del proscenio*). Ved ahí como se imponen de mis papeles en mis narices.

Celis.—Señores, ya veis lo que es el Pueblo. Esa que admiráis es obra de un día.

Arce.— (*A Celis*). No me gusta ver tanto poder en manos de ese esclavo.

Celis.—Bien está el rayo en manos de Júpiter. Júpiter es el pueblo.

Delgado.—Guarda esos papeles. (*Los recoge de la mesa*). Arce tiene razón: vendréis con nosotros á casa.

Júpiter.—Ahora, si lo permitís, voy á retirarme: otros quehaceres me aguardan. (*Rumores de admiración. Le abren paso y le siguen. Se oyen aclamaciones*: "*¡ Viva el Pueblo!*" "*Viva Júpiter*").

ESCENA XV.

BELTRANENA.

Beltranena.—¿ Quién es este Júpiter, que es El Pueblo? he ahí el enigma. Y ciertamente, ese esclavo es un enemigo temible. (*Se descubre el rostro*). Pero toda su obra va á desvanecerse como un sueño al despuntar el nuevo día... Vamos! estos señores me guiarán á San Salvador. (*Vase embozándose. Telón*).



ACTO III

SALA EN CASA DE CELIS—*Amanece.*

ESCENA I

Blanca con manto y una lámpara en la mano: la sigue Engracia.

Blanca.—Esta madrugada no oí con devoción la misa. (*Entreabre las cortinas de la ventana*). La alborada me parece triste...... Mi padre hoy tampoco ha pasado la noche en casa, y esos rumores de guerra que empiezan á inquietar la ciudad, han aumentado mi desvelo y mi zozobra.... (*Entra Engracia*).

Engracia—Señorita,....Júpiter va á quedarse aquí?

Blanca.—El Padre Delgado lo ha obsequiado á mi padre. Engracia, prepárame el vestido de tisú de oro—Va á llegar el señor de Beltranena, y hay que recibirle como á persona de cualidad.

Engracia—(*Aparte*). ¡Y ese esclavo, enamorado de la Se

ñorita Blanca, y con paso libre para entrar y salir en la casa! (*Alto*). Sabe la Señorita? Su merced va á espantarse; pero yo tengo ley á la familia... y....

Blanca.—¡Qué dice?

Engracia.—Digo que ese negro que han obsequiado al amo está enamorado de su merced.

Blanca.—Engracia, eres aturdida...... ¿Porqué lo dices?

Engracia.—¿No lo ha visto su merced á su paso plantado en el atrio de la Iglesia todas las madrugadas?

Blanca.—Pues—hoy no estaba.

Engracia.—¿Pero la noche del baile de las Arce, cuando su primo Bernardo bailaba el fandango con su merced....

Blanca.—Qué?

Engracia.—El espiaba por la ventana y la miraba á su merced con unos ojos como llamas.

Blanca.—¡Pues no había tantos curiosos!

Engracia.—Luego, una vez que el amo despidió las visitas ya tarde de la noche, cuando yo fuí á cerrar el zaguán, vi al negro que paseaba la calle, haciendo el galán que se pasa la noche en claro.

Blanca.—Esperaría al Padre.... Vaya, déjame en paz.

Engracia.—Y en fin, cómo habría podido hacer que el Doctor que aborrece á los que tienen esclavos, lo aceptase á él, si su locura no le aguzara la mente? (*Blanca se ríe*).

Blanca.—Tú estás loca, á lo que parece. Ve á arreglarme el vestido, y calla.

Engracia.—Está bien, Señorita, pero.... (*Blanca va á la ventana*). Pero.... (*Entra Júpiter*) ¡Cargue el diablo con el negro! (*Vase. Júpiter avanza sin ver á Blanca*).

Blanca.—Ya está saliendo el Sol.

ESCENA II

BLANCA, JÚPITER.

Júpiter.—Me asombra que hayan descubierto á esos desgraciados....Los instantes son preciosos y el señor de Celis tarda en venir.... (*Vuelve á ver*). Ella....

Blanca.—Júpiter, sabes dónde está mi padre?

Júpiter.—Mandóme que os diga que estéis tranquila.

Blanca.—Pero él, dónde está y por qué no viene?.... ¿tú has pasado la noche sirviéndole?....

Júpiter.—Os repito lo que me mandó deciros, sin pensarlo, como un eco.

Blanca.—Pasa, pues, algo extraño ...Hé aquí un esclavo que ha visto esta noche á mi padre y sólo puede atormentarme con su obediencia....

Júpiter.—Ah! sabed.... solamente, que, llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

Blanca.—(*Se sienta cavilosa*). Habla de tal modo, que entiendo que mi padre corre peligro ... Ah! no es, pues, mi boda lo que le trae caviloso.... Porque, hoy lo pienso,.... cuando esa carta llegó, mi padre llevaba algunos días de estar meditabundo y sombrío.... (*Júpiter permanece en el fondo.*

Blanca cerca del proscenio. Las palabras de Júpiter, que habla á media voz, se oyen como un soliloquio).

Júpiter.—(*Aparte*). ¡Cuánto tarda, corazón!; qué distancia me separa del momento en que pueda decirle á esta mujer:—"te amo".... Ah! esta idea!: hago esfuerzos y la rechazo, porque si esas palabras llegasen á salir de mis labios mi razón reventaría como un vidrio........ Sinembargo, durante mucho tiempo creí que era imposible que alguna vez yo le hablase, — y que ella me hablase; —y hoy, yo le hablo— y ella me habla.... Y está allí cerca, á mi lado, y he oído sus palabras como si cayesen de la altura de un trono—y su mirada llega hasta mí como si fuese la luz de una estrella muy lejana; ¡que está lejos, muy lejos, su corazón del mío!..... Oh distancia...... distancia.... ¡Ayúdame, fortuna!.... Riqueza, honores, poder, gloria, ¿no conseguiré llenar con estas cosas, el abismo que de ella me separa?.... La esperanza, dentro de mi pecho, abre las alas, y eleva este canto: "Sí".—

Blanca.—(*Aparte*). Más bien será que aflijen á mi padre esos rumores de guerra....ó será?....qué espantosa idea!.... Sinembargo, este pensamiento, como si mi alma se complaciese en atormentarme, me domina como si viese ya algo claro y desgarrador....? Serán ellos, los de esa rebelión?.... Veo á ese hombre.... (*Por Júpiter*) y más me inclino á creerlo— Acércate, esclavo.—¿Qué iba á hacer, hija imprudente?.... (*Júpiter avanza y la*

ve con timidez y asombro). Si yo me engañase, sería hacer á mi padre sospechoso, preguntar si conspira contra el Rey. Con todo, tengo fe en los consejos de mi corazón. ¡ Sí !, y ahora desearía que fuese cierto que este esclavo me ama— Oye, esclavo, ¿ no es verdad que eres muy fiel á mi padre ?

Júpiter.—¿ Hay quién lo duda, acaso ?

Blanca.—Oh no ! pero hace un momento me decías que estabas pronto á defenderle.... que....

Júpiter.—Os he dicho que llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

Blanca.—Si es cierto lo que dices, júralo por Dios, esclavo.

Júpiter.—Oh ¿ qué inesperada felicidad es esta ?

Blanca.—Te digo que lo jures por Dios, esclavo.

Júpiter.—Sí, sí ! Con toda mi alma, lo juro. Lo juro por cuanto puede haber de sagrado.... Lo juro por Dios y por la Santa Virgen !.... Más ! más todavía !.... ¡¡lo juro....! (*Blanca extiende las manos á los labios de Júpiter*)

Blanca.—(*Con un grito imperioso que corta el diálogo:*) ¡Silencio !! Oh ! es cierto ... (*Yéndose*). Este hombre me ama y estoy aterrada. (*Sale*)

ESCENA III

JÚPITER.

Júpiter.—Qué iba á hacer .... insensato ! .... Iba á jurar por Blanca, por mi amor ! .... Pero ella,

sintió acaso que llegaba el soplo de la tempestad, y selló mis labios antes que el rayo viniese á caer entre nosotros? .... Si, ella lo sabe.... Ella lo sabe.... Ella lo sabe, y esto es para mí al mismo tiempo, algo como una dicha, y algo como una irreparable desgracia! *(Cae en una silla y llora. Delgado y Celis entran, y se detienen al ver á Júpiter).*

ESCENA IV

JÚPITER; CELIS, DELGADO.

Celis.—Mírale anegado en lágrimas. (*Va á Júpiter y le toca el hombro*). Valor, amigo. (*Júpiter se vuelve fuera de sí y abraza á Celis llorando*).

Júpiter.—Es que eso es para mí como una irreparable desgracia. (*Pausa*).

Delgado.—Ea! hay que tomar una resolución.

Júpiter.—(*Vuelto en sí*) Ah! Os esperaba.

Celis.—Durante el resto de esta noche, desde que nos dejaste, nuestra obra ha caído en ruinas. El oficial y el sargento están presos.

Júpiter.—Lo sé.

Celis.—Y van á darles tormento para que declaren.

Júpiter.—Sin duda.

Celis.—Y la conjuración dentro de breves instantes va á ser descubierta.

Júpiter.—Sí.

Celis.—Pues para qué me esperabas? Huye y déjanos. Los presos solo á tí pueden delatarte.

Júpiter.—Os esperaba para deciros que el grito de insurrección debe darse al instante y no á las seis de la tarde, como dispuso la Junta. Hay que hacerlo saber á los conjurados. No necesito más tiempo que el de hacer una señal y tocar á somatén en la Merced. Al momento veréis hervir en las calles al pueblo.

Delgado.—Cuál es la señal?

Júpiter.—Tres campanadas, tres veces.

Delgado.—No hay tiempo qué perder. De aquí vamos á los barrios.-Júpiter, vas á llevar un papel á Arce.

Celis.—Voy á tomar mis armas. ¿ Vienes, Padre?

Delgado.—Voy á escribir á Arce para que se ponga al frente del asalto. (*Salen*).

ESCENA V

JÚPITER.

Júpiter.—Arce! .... Esperad un poco. No es Arce quien ha tejido la red en que va á quedar presa como una mosca la Fortuna. Y mañana.... ¡vive Dios, que mañana al hablar á Blanca no me turbaré más!.... Toda esta ciudad, hombres, mujeres, nobleza, clero, ejército, todo va á hormiguear bajo mis plantas.... Ah, Guatemala quiere la guerra? Juro á Dios que la venzo, y después, como en un tablero, pongo la mano sobre todo Centro-América.... Oh! qué idea ha cruzado por mi mente, que me ha cegado como un relámpago

en el mar?.... Tener una corona como él...., como Fernando!!! (*Beltranena aparece por el fondo con un látigo en la mano*).

ESCENA VI

JÚPITER, BELTRANENA.

Beltranena.—(*Desde el fondo*). Anúnciame, esclavo. (*Júpiter no le oye. Se supone que por la clase de sus meditaciones, ni oye, ni creería que es á él á quien se dirije la palabra: esclavo*).

Júpiter.—Como Fernando!! ... Oh, estupor!!.... Por qué no?! ... Esas cosas divinas las forja también el azar....

Beltranena.—(*Viendo en torno*). Esclavo, anúnciame. (*Viendo la sala*). Es una casa opulenta.

Júpiter.—(*Que no ha oído*)... Y todo ese poder, toda esa grandeza, toda esa gloria á los pies de Blanca!

Beltranena.—(*Descarga un chilillazo que estalla sobre Júpiter*). Vil esclavo, no me oyes?

Júpiter.—Ah!! (*Da un rugido de cólera y desemboza su puñal con rapidez*). Quien quiera que seáis, váis á morir!! (*Va á lanzarse sobre él*) Espantosa ilusión! (*Con voz sorda*). El señor de Beltranena á quien dí muerte anoche. ¡Satanás juega conmigo!

Beltranena.—En qué pensabas, bribón?

El cuadro será este: al alzar el látigo Beltranena, Celis y Delgado aparecen por segundo término, al mismo tiempo que Blanca por primer término, los tres á la derecha. Beltranena permanece en medio y al fondo: Júpiter espantado en el proscenio, á la izquierda.

Beltranena.—Calle! pero qué veo! si es mi asesino!.... Me reconoce y está aterrado Jorge! soldados! (*Entra un oficial y soldados*). Prended á ese esclavo. (*Prenden á Júpiter*) ¡Centinelas á las puertas!—¿Sois vos el señor de Celis....?

ESCENA VII

Dichos; BLANCA, CELIS, DELGADO, JÚPITER, JORGE, SOLDADOS.

Beltranena.—Los tiempos son malos, doctor. Desde cierto lance del camino, (que os lo refiera ese esclavo) he dispuesto andar en San Salvador en buena compañía....—Llevadle. (*Llévanse á Júpiter*).

ESCENA VIII

Dichos; MENOS JÚPITER.

Blanca.—¿Quién es ese hombre? (*Se ase á su padre*).

Beltranena.—Señores, mientras ventilo un asunto de familia, os prohibo dar un paso fuera. (*A Blanca*). Dispensad, Blanca; ¿sois vos, no es verdad? No creí conoceros en circunstancias tan irregulares. (*Aparte*). He hecho mala impresión: bien se deja ver—Señores, no tenéis idea del huésped que alojabáis—(*A Celis*). Mi padre, señor de Celis, os escribió hace un mes, sobre un asunto de familia: yo soy Fermín de Beltranena.

Delgado.—(*A Celis*). Es un mal hombre; pero mostremos calma.

Beltranena.—Perdonad si me he excedido; pero ese esclavo es un gran conspirador, y ya os referiré, se-

ñor de Celis, todo lo que pasó anoche en una hacienda que llaman de "Guardado".

Delgado y Celis.—Ah!

Beltranena.—Os decía que mi padre, señor de Celis....

Celis.—Señor de Beltranena, hacéis un papel menos imponente que cínico.

Beltranena.—Ah!.... (*Aparte*). Esta es la voz de mi enmascarado de anoche; reconozco su estatura. Pero, entonces.... Su vida está en mi poder y voy á vencerle por el terror — (*Tranquilo*) Señor de Celis, yo no os he arrcjado el guante.

Celis.—Pues yo sí: recojedlo.

Beltranena.—(*A Celis*). El esclavo va á hablar, lo recojeré entonces. Anoche se os dijo que Beltranena es implacable.... recordad al hombre de la capa escarlata....

Celis.—(*Aparte*). Lo sabe todo, y el miserable quiere á mi hija á cambio de mi vida!—Blanca, dale á entender, hija mía, que le desprecias tanto como tu padre.

Beltranena.—(*Aparte*). El triunfo está en mis manos. (*A Delgado que hace pedazos menudos la carta que había escrito á Arce*). Por qué rompéis vos esa carta? Quién sois? Vuestro nombre!?

Delgado.—Me llamo Patria.

Beltranena.—Ese es vuestro nombre de conspirador; mas si queréis delataros, lo hacéis á medias.

Delgado.—José Matías Delgado.

Beltranena.—Creo que haréis un prisionero importante, señor Cura.

Delgado.—Y vos, amigo, parecéis un excelente verdugo. (*Avienta los pedazos de la carta*).

Beltranena.—No os disputo el ingenio.—Señor de Celis, vuestra última palabra.

Celis.—Es, pues, verdad que la casa Beltranena está fallida ? Escribid á vuestro padre que yo no cancelo esa quiebra.

Beltranena.—Jorge, prended á estos señores. Registradles—(*A Celis*). ¿ Ibais á salir armado ? (*A Jorge*). Quedan presos en esta sala. No les dejaréis hablar á nadie sin mi orden. (*A Blanca*). Besóos los pies, señorita. (*Extiende la mano*).

Blanca.—Id, miserable.

Beltranena.—Y por lo que hace á esta dama, Jorge, conducidla á palacio.

Blanca.
Celis.
Delgado. } —Infame! (*Celis y Delgado se arrojan sobre Beltranena*).

Beltranena.—(*Que les ha presentado la punta de la espada al mismo tiempo que Jorge*). Os habéis herido el brazo, señor de Celis. (*Los soldados los sujetan*). Ved que dáis coces contra el aguijón. Vamos. (*A los soldados*). No pondréis las manos sobre esa dama si no os resiste. (*Blanca desfila lentamente entre los soldados que la llevan*). (*Con ironía, cuando Blanca ha desaparecido por la puerta del fondo:*) Ya sabeís la consigna, señor de Celis: "libertad ó muerte". (*Sale*).

Celis.—Padre, es horrible. (*Cae*).

ESCENA IX

Galería de palacio que da á la sala de armas cuya puerta está en el fondo.

EL CARCELERO GONZÁLEZ.

¿A mí que me va ni me viene en todo esto? Que unos quieren que no haya Rey, y otros quieren que no haya Nemocracia.... A todo esto, González, ¿y qué es Nemocracia?.... Nemocracia es que vamos á tener generales; y va á haber guerra; y el que gane la batalla, ...ese es el *fefe.*....dicen que así es en la *Eropa.* Eso *mesmo;* pero el Emperador Napoleón gana las batallas porque lleva siempre un botón mágico en la bolsa. (*Baja la voz y espía por la puerta que da á la sala de armas*). Hoy el *Chapín Beltranena* le dijo al Intendente que el negro Júpiter quería robarse los 200,000 $ del Rey que están en aquel cofre.... y aquellas cajas de rifles.... Qué dices, González?.... ¿te gusta la Nemocracia?.... Al oficio! al oficio, que hoy tengo que arreglar el tormento....

ESCENA X

Sala de armas de palacio.—Cofre-fuerte de la época: algunas cajas de rifles.

BELTRANENA, JORGE.

Beltranena.—Sólo esta sala de armas puede servir de prisión á tan bella conspiradora. Haz que la conduzcan aquí.

Jorge.—Señor, una criada ha quedado llorando á la puerta de palacio y pide se le permita estar con su ama.

Beltranena.—Ello será á lo más un rasgo de fidelidad doméstica, Jorge: que no la dejen entrar. (*Vase Jorge*). Cierto que es bella doña Blanca y que no sería difícil amarla. (*Blanca atraviesa la escena hasta llegar al proscenio*).

ESCENA XI

BELTRANENA; BLANCA; *luego* JORGE.

Beltranena.—(*Aparte*). No baja aún de su altivez. (*Entra Jorge: Beltranena se sienta á una mesa y escribe*).

Jorge.—El Intendente me manda á deciros que el proceso sólo arroja los nombres de Góchez, Aleaga y el esclavo.

Beltranena.—¿Y el esclavo no delata al señor de Celis y al Padre José Matías Delgado?

Jorge.—El esclavo dice por el contrario, que era agente de otras personas cuyo nombre jura que no pronunciará.

Beltranena.—Creo que dispongo de un medio para hacerle hablar.... El potro de aro. (*Escribe*).

Jorge.—El potro de aro lo aplicaba el Intendente Azpeita á los ladrones de cuadrilla, á quienes hacía morir so pretexto de que no declaraban aunque quisiesen declarar...... Un aro de hierro ciñe la cabeza del reo y tiene un resorte, que oprime

á la vez cinco tornillos que la taladran.... Cinco vueltas de rueda y el hombre es muerto.... Y el esclavo podría morir antes de declarar. (*Da lo escrito á Jorge*).

Beltranena.—Quedas en lugar de Góchez, Jorge—(*Aparte*). Imbécil! Si el esclavo declarase ¿qué podría ofrecer al señor de Celis á cambio de su hija? Así le arreglaré su cuenta al negro por la puñalada del camino....como el difunto Azpeita.—Jorge, que intimen de nuevo su declaración al esclavo y vuelve á informarme. (*Ve á Blanca; aparte*). Ha temblado. (*Sale Jorge. Beltranena va hacia Blanca lentamente*).

ESCENA XII

BELTRANENA; BLANCA.

Beltranena.—Doña Blanca, está en vuestra mano abrir ó cerrar á vuestro padre la puerta de su prisión, y aún la de la muerte......

Blanca.—Ah! mi padre!

Beltranena.—Dadme la mano; yo os conduciré á su lado, y quedaréis ambos libres.

Blanca.—Oh! qué decís?

Beltranena.—Mas desde que os la tomé.... (*en voz baja*) será MÍA.

Blanca—(*A media voz, retrocediendo*). Horror!

Beltranena.—Os concedo un instante para que lo penséis. (*Aparte*). Conviene que ella envíe á suplicar á su padre. Ahí estaba esa criada: la dejaré hablar á Blanca y á Celis.... (*Entra Jorge*).

ESCENA XIII

Dichos; JORGE.

Jorge.—El esclavo permanece silencioso.

Beltranena.—Está bien.... Jorge, haréis que se le ponga en el potro de aro. (*Ve á Blanca*). Si todos los conspiradores son tan obstinados como el negro, creo que esa máquina no va á descansar hasta acabar con su silencio ó con ellos! (*Blanca se lleva la mano á las sienes*). Espera. Tú decías que hay una criada á la puerta? Hazla entrar y que vea á su ama.—Si algo queréis decir á vuestro padre, Doña Blanca, no seré quien se oponga. (*Sale Jorge*).

ESCENA XIV

BELTRANENA; BLANCA.

Blanca.—Oh, señor de Beltranena!.... (*Beltranena finje no oír*).

Beltranena.—(*Aparte*). Ella me habla: ha llegado mi vez: debo ser yo quien se haga suplicar. Quiero espiarla. (*Sale*).

ESCENA XV

BLANCA.

Blanca.—Se ha ido: ¿qué haré? Oh! qué me ordenaría mi padre que hiciese? ¡Salvarle? No: ¡morir! Sí, ¡morir! He allí la palabra que buscaba.... ¡Morir! oh! eso lo vence todo....¡Muere, pobre

Blanca, muere! ...(*Entra Engracia*). Engracia!! (*La abraza. Se oye un rechino de cadenas que son las del potro*).

ESCENA XVI

BLANCA; ENGRACIA; BELTRANENA, *al paño.*

Engracia —Qué ruido es ese?

Blanca.—Es un ruido de cadenas.... Ah! es el potro!! ¡Júpiter va á sufrir el tormento.... por no denunciar á mi padre! (*Se oye un gemido sordo y prolongado*).

Júpiter.—(*Dentro*). Ahhh!......

Blanca.—Él ...es él....oyes ....Es atroz ese tormento, Engracia, es atroz.... (*Rechinan las cadenas*). Ah! otra vez.... otra vez....

Júpiter.—(*Dentro*). Ahhh!!.... (*Blanca cae de rodillas*).

Blanca —Vírgen del Pilar, misericordia!....(*Beltranena entreabre la puerta y espía*). Engracia, ¿tú no sabes que sufre por mí ese inmenso dolor? (*Levántase enloquecida*). Ah! van á matarlo! Me lo había jurado, Engracia y lo cumple.... Me ama y muere por mí! infeliz Blanca!.... (*Vuelven á sonar las cadenas*). ¡Socorro! (*Se desmaya deslizándose de brazos de Engracia, que arrodillada le sostiene la cabeza. Estertor*). ¡Socorro! (*Beltranena avanza y se detiene al fondo*).

Júpiter, dentro.—Ahhh!

Blanca.—(*Desmayada y con estertor*). Ah! (*Pausa*).

Beltranena.—(*Que ha llegado al proscenio*). "Me ama y

muere por mí"....De quién hablaba?....Del esclavo? Imposible!....Mas, si fuese cierto, pronto voy á saberlo—Jorge! (*Jorge al fondo*). Suspende el tormento y haz que traigan aquí al esclavo. (*Vase Jorge*). "Me ama y muere por mí" ...¿No escuché eso? ... Por mi vida, que le oí decir cosas diabólicas.... Mas si eso fuera, ¡con cien mil demonios!!.... que es fácil la boda .... Ah, el esclavo, el negro es mi rival: tanto es así que ella le hizo saber mi llegada, él me esperó la noche en el camino para asesinarme, y yo salí bien librado con una sola puñalada. (*Se mira el brazo*). Y el señor Júpiter Tonante, aunque anoche reconocía la autoridad del Rey, como tiene sus pasiones fogosas, en obsequio de sus amores con esta belleza casquicavana que está allí, ha armado la máquina de esta conspiración que interesa al señor padre de la joven. Y ella....será su amante? ¿Pues no se ha desmayado por él? Parece, sí, increíble; pues Blanca es bella como un ángel y respira nobleza como una infanta...... He leído en no sé qué libro, que la muger de un emperador romano se enamoró de un esclavo del circo: un día el emperador envióle una urna de oro y ella al destaparla, encontró la cabeza de su amante...... (*entra Júpiter, la faz bañada en sangre*).....así, bañada en sangre .. Yo puedo enviar esa á Blanca;....pero, ¡voto al chápiro! será ella quien va á proporcionarme la urna. (*Blanca vuelve del desmayo. Júpiter permanece en el fondo*).

Doña Blanca, estáis en libertad. (*A los soldados*). Vosotros, idos! (*Va al paño*).

ESCENA XVII

BLANCA, ENGRACIA; BELTRANENA *al paño*; JÚPITER.

Blanca.—Engracia, has oído?, me ha dicho que estoy en libertad (*Levántase penosamente. Vuélvese para irse y queda aterrada*). Más qué veo?.... ó será que me alucina el ruido espantoso de esta cárcel?

Júpiter.—Ella es ...Dame, dame fuerzas, Dios mío!

Beltranena.—(*Al paño*). El va hacia ella.... y ella hacia él....

Blanca.—Eres tú, Júpiter! Amigo mío....

Júpiter.—Yo me muero, pero antes.... ¿Qué iba á deciros? Ah! ¡iba á deciros que os amo!

Blanca.—Pobre amigo mío! Engracia, delira!

Júpiter.—No; si eso no os lo debo decir.... (*Se reanima*). Lo que os debo decir....es esto: Salvad á vuestro padre.... Oidme y retened mis palabras. Aquí! Debo decírosla bajo, muy bajo....(*Blanca y Engracia se inclinan al pecho de Júpiter*).

Blanca.—Valor, Engracia. Mi vida está en tus manos.

Beltranena.—Van á quedarse solos: es bueno ver el idilio hasta el fin......La confidente se marcha. (*Sale Engracia*).

ESCENA XVIII

JÚPITER, BLANCA; BELTRANENA, *al paño*.

Júpiter.—Estáis contenta de mí?....

Blanca.—Dios os lo premie todo, amigo mío.

Júpiter.—Oh no: Dios me castigará; y creo que voy á morir.... (*Blanca lo sostiene*) y á pesar de eso, perdonadme que os lo diga.... ¡en este instante soy muy dichoso! (*Rueda desvanecido*).

Blanca.—Virgen Santísima, recibe su sacirficio y perdónalo; pues ninguna mujer merece ser amada así en la tierra ..... voy á decírselo á mi padre. (*Vuélvese*). Oh! no le dejaré así; yo besaré sus manos. Mira, Dios mío, son las manos de un mártir....(*Lo besa*)....Su frente! (*Lo besa*).

Beltranena.—(*Al paño*). Va á reanimarlo con el soplo divino de su amor!

Júpiter.—(*Vuelve en sí*). Os decía que soy muy dichoso..

Blanca.—Vive, vive! gracias, Dios mío!

Beltranena.—(*Al paño*). Me parece que basta, pues este amor es cierto.... y mi triunfo también— (*Entra. A Blanca*). ¿No os dije que estabais en libertad?

Blanca.—Voy á salir, señor....

Beltranena.—Oh incauta mujer! todo lo he visto y oído.

Júpiter.—Ah! (*Entran Jorge y soldados*).

ESCENA XIX.

Dichos; JORGE Y SOLDADOS.

Júpiter.—(*Aparte*). Ha dejado ir á la criada, sinembargo;....ó quizás la hizo prender al salir de aquí...

Beltranena.—Jorge!—Que lleven á ese hombre! (*Mientras llevan lentamente á Júpiter suenan á lo lejos tres campanadas*).

Júpiter.—(*Aparte*). Ha sonado la campana de la Merced. (*Alto*). Beltranena!.... temblad!....

Beltranena.—Qué ha dicho?

Júpiter.—Digo que desde este momento os he condenado á muerte.

Beltranena.—Llevadle; está loco....(*Llévanle*).

ESCENA XX

BELTRANENA, BLANCA.

Beltranena.—Así, la noble hija de Celis, que vaciló dos años en aceptar un esposo, porque aun dormía su alma el sueño de la inocencia,—rechaza la mano de un Beltranena porque en su corazón ya está ocupada la plaza por un esclavo.... (*Tres campanadas lejanas*).

Blanca.—Qué os habéis atrevido á decir?

Bltranena—Ahora vais á finjir la indignación como finjís el pudor?.... Vive Dios que voy á decíroslo. Ese esclavo es vuestro amante!

Blanca—Sois un miserable!

Beltranena.—Es inútil, os digo ...Y ahora la muerte de vuestro padre depende de lo que vais á responder. ¿El esclavo está de por medio? No os dé cuidado.—(*Va al fondo*). Jorge! (*Aparece Jorge*). Llevad al esclavo al potro; le daréis tormento hasta que espire. (*Vase Jorge*). Ya lo veis.... (*Suenan lejos tres campanadas*). Suena un toque extraño de campana....(*Avanza hasta el proscenio*). En pocas palabras: vais á ser mi mujer.

Blanca.—Vuestra mujer! ah! ¿y me creéis deshonrada? ....Contestaría si pudiera abrir á vuestros pies el infierno: sólo en él hay fuego bastante para purificar vuestra infamia....¡Contestaría si el cielo me diese un rayo para haceros ceniza, nada!! (*Suenan las cadenas del potro*).

Beltranena.—Es el potro.... ¡El rayo en vuestras manos! el rayo está en manos de Júpiter: pedídselo á vuestro amante.

Blanca.—Miserable! ese rayo va á heriros!! (*Se oye fuera una descarga cerrada. Beltranena cae de rodillas. Al mismo tiempo la campana toca á lo lejos á somatén*).

Beltranena.—Qué es esto? Por favor, decid?

Blanca.—No os admito á mis pies. Fuera, miserable! (*Descargas, somatén, gritos*). Cobarde, fuera! (*Beltranena sale aturdido*). Esta vez el estruendo se acerca.... Cómo me alegran y me aterran esos gritos! Llegan.... Virgen del Pilar! salva á mi padre! (*Cae de rodillas: tiros y somatén: se oyen estos gritos: ¡Viva el Pueblo! Viva Júpiter! Telón*).



ACTO IV.

Sala de armas. El cofre-fuerte y los cajones de rifles están hechos pedazos.

ESCENA I

Beltranena, preso.—Se ve pasearse á los centinelas fuera de las puertas. Júpiter va á llegar.... La multitud le saluda. Ya llega....Qué hacer....Esquivo su presencia?.... (*Da unos pasos hacia al fondo*). Oh! No; yo iré á su encuentro....

ESCENA II

Dichos; JÚPITER, *con insignias de mando. Entra sin ver á Beltranena.*

Beltranena.—(*Aparte*). Por dónde debo empezar? A pesar mío, le temo. (*Se adelanta*)....Señor....

Júpiter. —(*Ruje*). Ah! (*Se va sobre él, le abofetea y le arroja al suelo; Beltranena queda en el suelo con la cabeza en tierra viendo de soslayo: Júpiter le vuelve la espalda*). Qué espero? Este hombre vive aún!.... Celis me estorba. Porque.... al impedir la muerte de este hombre, Celis me agravia ó me burla...... Es preciso que cobre la seguridad de que soy el que manda. (*A Beltranena, que levanta la cabeza desde el suelo*). Oye, tú, vas á morir.... Tienes ahora sobrado tiempo de rezar tu última oración.

Beltranena.—(*Desde el suelo*). Si yo hubiese sabido, señor, que venía á interponerme entre vos y Blanca, (*Júpiter retrocede*) cierto que.... (*Aparte*). Veamos.

Júpiter.—Qué dice?....He oído bien? Oye, vas á repetir lo que has dicho!

Beltranena.—(*Incorporándose*). Oh, señor, ¿es uno de los atractivos de vuestros amores el guardar en secreto la historia del triunfo?....Os pido perdón....(*Se levanta*).

Júpiter.—(*Aparte*). Como ¿este hombre sabe que amo á Blanca? (*Alto*). Mi triunfo, blanco, mi triunfo....Qué quieres decir?

Beltranena.—(*Aparte*). Habla al parecer con un tono candoroso. Algo me falta por descubrir, á no dudarlo....

Júpiter.—(*Con un grito de cólera*). Habla!.... he dicho que hables....

Beltranena.—Os he recordado eso, General, para haceros

saber que hasta ha poco lo ignoraba....y que me retiro.... General, os aseguro que podéis poseer tranquilamente el ídolo de vuestro corazón....

Júpiter.—Eres servil ...El miedo se apodera de tí.... No hablemos más....(*Aparte*). Pero él lo sabe: ésto cómo puede ser? ¿cómo?....Quién puede haber penetrado en mi corazón antes que yo me haya resuelto á abrirlo?....*(Alto)* Oye, vas á decir lo que sabes....Ya!....Vas á decirlo?.... O vive Dios que si piensas burlarte....(*Lo sacude*)....antes de morir vas á conocer cómo desgarran tus potros.

Beltranena.—(*Aparte*). ¿Habré dado un paso en falso? ....*(Alto).* Orgulloso como estáis con la victoria de vuestro corazón, no os fijáis en que, en vuestros amores, lo que más falta es la reserva. Tenedlo presente para en lo de adelante....Cuando estuvistéis aquí esta mañana....que ella....

Júpiter.—Oh! ¡Cómo me impacienta! .....¡Habla!!!

Beltranena.—Comprended que no es culpa mía si ví entonces el amor que ella os profesa......

Júpiter.—Ella?....habla! habla!!

Beltranena.—Ella, Blanca....

Júpiter.—El amor, dice, que me profesa Blanca!...... Hablas de burlas, miserable?

Beltranena.—Cómo podría burlarme?....cómo?....

Júpiter.—Si fuese cierto?....Oyes?......Quién podría decírtelo....Quién?

Beltranena.—Nadie.

Júpiter—Ella?....(*Saca el puñal*).

Beltranena.—Nadie, señor.... Yo lo he visto....

Júpiter.—El lo ha visto!......Qué?! Dilo!!

Beltranena.—Lo sabéis mejor que yo: ella se inclinó sobre vos, aquí mismo, y os cubrió de besos....

Júpiter.—(*Retrocede deslumbrado y emocionado.*) Ah!.. Es imposible que este hombre que tiembla acobardado, jugase de ese modo á la vez con su vida y con su muerte!.... Es imposible!.... Sí...... (*Esconde su puñal. Recordando*). Yo caí á su presencia desvanecido de amor....había sufrido tánto por ella.... Después, al volver en mí, ella estaba á mi lado.... Esto bien lo recuerdo.... ¿Cómo no me apercibí de su ternura? ¿porqué en sus grandes ojos solo leí la compasión?.... Pero éste ha dicho....¿qué ha dicho? No me atrevo á recordarlo.... ¿Me amará ella?.... Espera, felicidad, espera!.... Yo he esperado tanto tiempo!... Ahora, no llegues así....de golpe....porque me matas....(*A Beltranena*). Qué has dicho, dí? ... Yo estaba aquí ensangrentado, desmayado, muerto,....qué hizo ella?.... Ah, dilo, dilo. ¡Amigo mío, dilo......!

Beltranena.—Os lo juro. Ella se inclinó sobre vos y os cubrió de besos......(*Júpiter se deja caer en una silla y se inclina pensativo, tomándose la cabeza con las manos*).

Beltranena.—(*Aparte*). Celis nada sabe. Y yo lo creía! Todo camina bien: vamos con tiento....

Júpiter.—Oye, sabes que vas á morir....Dentro de un momento vas á morir....Yo lo he resuelto. Es

preciso que sepas que vas á morir.... Pues bien, si repites que lo que has dicho es cierto.... Oye, Beltranena, si es cierto lo que has dicho.... si no me burlas ¿no es verdad? no me burlas.... ¡si es cierto!,...... tú que has hecho molerse mis carnes y crugir mis huesos, si es cierto que ella me ama; que ella...... tú dices...... ¡Oh! ¡sé libre! ¡sé libre!...... dí!...... dí!......

Beltranena.—Sí es cierto: yo lo he visto: no me habéis oído? Ella se desmayó allí mismo, en brazos de su criada, cuando os oyó gemir; luego, cuando os condujeron á esta sala y os desvanecistéis, os sostuvo en sus brazos; después os besó las manos, después la boca; en fin, cuando iba á dejaros, os cubrió de lágrimas.... vuestra Blanca......

Júpiter.—Mi Blanca!, mi Blanca! (*Pausa*). Y tú, vete.. tú, mi enemigo atroz, hombre horrible.... déjame á solas con mi felicidad... Quiero estar solo.... ¡vete!......

Beltranena.—(*Aparte*) Este hombre es mío: astucia y habré triunfado. Si quisiese salir, la multitud me prende y ello aceleraría mi muerte en vez de evitarla.

Júpiter.—Estás allí?.... (*Impaciente*).

Beltranena.—Mi prisión es ésa: debo permanecer en ella mientras soy juzgado.... como lo dispuso el señor de Celis....(*Júpiter no le oye*). No me oye. (*Aléjase*). Qué veo? (*Vuelve*). General, el señor de Celis llega. Salid de vuestro dolor: pedid á Blanca por esposa......

Júpiter.—Celis......¡voy á echarme á sus pies!

Beltranena.—(*Aparte*). Quiero saber lo que aquí pase...

ESCENA III

JÚPITER; CELIS.

Celis.—Júpiter, quiero hablar contigo.

Júpiter.—Qué deseáis, doctor?....

Celis.—Le has ofrecido el saqueo al populacho; haces imposible la organización de un ejército para resistir á Guatemala.

Júpiter.—He hecho muy mal y voy á castigar de muerte á quien cometa el menor extravío; y por lo que hace á Guatemala, yo iré sobre ella!

Celis.—No me interrumpas. En pocas palabras. Vengo á pedirte, á nombre de los revolucionarios, que depongas en manos de Arce el mando que te ha dado la revuelta.

Júpiter.—Ah! de Arce! Como gustéis; pero permitidme que yo á mi vez os hable.... Acabo de ver á un hombre que me desgarró las carnes, Beltranena, á quien habéis salvado la vida, y á quien yo también se la perdono, puesto que vos lo habéis perdonado; aunque yo preferí la muerte á delataros..

Celis.—Júpiter, te has engañado torpemente. Yo no dejaría que un hombre diese un gemido por mí. He referido al pueblo tu heroísmo: he besado tus heridas ante la multitud para que viese cómo veneramos en tí al mártir de la libertad. He dicho al pueblo que te dejaba morir admirándote, sólo

porque salvabas la revolución, y que la América algún día bendeciría tu nombre como el de Hidalgo. Pero es fuerza que Arce y Delgado, que son mejores que nosotros, dirijan los acontecimientos, y debes entregarles el mando y obedecerles. Además....

Júpiter.—Basta: será como decís, si lo quisieréis así después de oírme.... Preferí la muerte á delataros. Yo era ayer un esclavo; pero en estos momentos sé que está en mis manos el rayo. Todos tienen en ellas la vida ó la muerte. Mirad mi frente: la ha lacerado la corona de hierro del tormento: pues bien; hasta hace un momento; hasta antes de que vinieráis, yo me decía interiormente que iba á cubrir mis cicatrices con una diadema de oro.

Celis.—Oh Celis! Cómo pude no apercibirme de este error espantoso......?

Júpiter.—Os asombráis..... Pues bien, todos mis sufrimientos y mi ambición han tenido un solo fin: una mujer.... (*Lentamente*) Celis, dadme la mano de Blanca....

Celis.—Porqué me interrumpiste? Iba á decirte que Blanca me ha hecho una revelación.

Júpiter.—Cuándo? Cuál?

Celis—Hoy. El esclavo, me ha dicho, se ha sacrificado por mí: ¿tiene derecho á mi corazón y á mi mano porque ha salvado á mi padre?

Júpiter.—Y que respondistéis?

Celis.—Jamás, le he respondido. Acaso una insensatez merece el sacrificio de mi hija?

Júpiter.—Y qué os dijo ella? (*Pausa*). Celis,.... vais á herirme...... Qué os dijo ella?..... Celis, me parece que vais á pronunciar alguna sentencia de muerte.

Celis.—(*Con desden*). Qué me dijo ella? Nada. Está horrorizada.

Júpiter.—Ah!! (*Rumores en la plaza: aclamaciones á Júpiter*). Mentís!.... Sí, miente; miente!....

Celis.—(*Con bondad*). Ha concluido todo, no es cierto? Soldado de la libertad, lucha, muere por ella....

Júpiter.—Me engaña.... ah.... me engaña......

Celis.—Vuelve en tí......

Júpiter.—¡Blanca! ella me ama!

Celis.—Estás loco! Ella te compadeció porque me salvabas.... pensó como hija: besó tus manos y tu frente oradada, porque había estado en ellas la vida de su padre; en fin, creía que habías muerto: hoy proclamas el saqueo y te muestras feroz y soberbio: hoy tiembla cuando cree que puedas hablarle......Conque, acabemos.

Júpiter.—(*Con un rujido*). Oh, será por la fuerza!! Blanca va á ser mi mujer ...y pronto!.... Mas no: acabemos. Decís bien, señor, acabemos. Blanca no me verá más á su presencia...... Decídselo...... Y por lo que á vos hace, señor de Celis, sabed que siempre me causastéis horror por sacrílego, blasfemo y rebelde; y yo soy desleal al Rey, soy sacrílego y blasfemo porque vos me habéis arrastrado á este abismo; y debéis comprender que si aborreciéndoos, dejé por vos quebran-

tar mis huesos y taladrar mis sienes; si maldiciéndoos desde el fondo de mi corazón en el mismo momento en que estaba tendido en el potro, no pronuncié vuestro nombre, qae me habría arrancado á la tortura; y quise morir por salvaros la vida..... debéis comprender que si después de haberos hecho todos estos sacrificios, y otro, que vale más, — la salvación de mi alma..... yo me encuentro con esta burla...... con que vos me humillais..... y con que vuestra hija me tiene horror.... ah! entonces sólo queda en mí el inmenso odio que os profeso....y en las manos de Júpiter, señor de Celis, hoy armadas del rayo, es muy fácil la venganza....(*Celis le vuelve la espalda*).

Celis.—Voy á decir á Delgado y á Arce que tenemos un nuevo tirano...... Vergüenza para mí..... (*A Júpiter.*) Ciertamente, ¡eres un vil esclavo! (*Júpiter se cubre la cara con las manos, humillado. Vase Celis. Pausa. Beltranena, á la puerta, arroja una carcajada sarcástica*).

Beltranena.—Ja! ja! ja! ja!....

ESCENA IV.

JÚPITER, BELTRANENA

Júpiter.—Quién se ríe?.... eres tú miserable!.... (*Próximo á lanzarse sobre Beltranena*).

Beltranena.—Júpiter, os contemplo próximo á lanzaros sobre mí y yo me río de vuestra simplicidad!....

me río de ver cómo juega la hipocrecía con la sinceridad....y de cómo se os engaña....

Júpiter.—Sí? verdad?: se necesita haber sido juguete del demonio.... De un fariseo como Celis; de un relapso como Delgado.... Y después de vender el alma á los diablos, ved ahora cómo se me desprecia....

Beltranena.—El poder, sinembargo, está en vuestras manos......

Júpiter.—Oh! no lo he olvidado....Hoy más que nunca puedo volver atrás...... deshacer lo hecho, y si usurpo el poder real puedo en cambio vengar á Dios; salvar mi alma.

Beltranena.—Aquí no hay más rey que vos.

Júpteir.—¡Y ella me tiene horror y su padre me llama vil esclavo!.... Oh rabia! oh venganza!

Beltranena.—Sobre todo, si herís, sea antes que á nadie, á Celis....¿oís en la plaza ese alboroto? (*Gritos*).

Júpiter.—Son ellos: Arce, Rodríguez, Celis....el pueblo les persigue: qué puede ser?.... Presos, les han preso.... Me llaman. (*Gritos: ¡Mueran los nobles! Viva Júpiter! González y Jorge entran*). Qué pasa?

ESCENA V

Dichos; JORGE, EL CARCELERO GONZÁLEZ, CON INSIGNIAS MILITARES.

González.—Supe que os traicionaban y que os querían quitar el mando, mi General. Yo se lo he dicho al pueblo. El pueblo se ha levantado y se

ha echado sobre vuestros enemigos. *(Va á la ventana).* Viva nuestro caudillo! (*Fuera: ¡Viva!*) Viva el pueblo! (*Fuera: Viva!*) ¡Viva Júpiter! *(Fuera: ¡ Viva! — ¡ Viva el Coronel González!)*

González.—(*Hablando hacia la plaza por la ventana*). Gracias, amigos. Traed á los traidores.

Júpiter.—¿Quién es ese Coronel González á quien victorean?

González.—Soy yo, mi General.

Júpiter.—Su falsía los entrega á mis manos.... González, haz que les separen y que traigan aquí á Celis...... Tengo sobre mi alma el peso enorme de mis blasfemias y mi rebelión, y me impacienta castigar á ese hombre por el mal que me ha hecho y por los males que yo he hecho agitado por él, como un azote para desgracia de los hombres.... Hoy que estoy desesperado comprendo cuán grande va á ser esta justicia.

ESCENA VI

DICHOS; CELIS, *preso: grupo á la puerta.*

Celis.—Pobre Júpiter! ¡Pobre Pueblo! ¡Pobre esclavo!

Júpiter.—Hacedle callar y que espere en ese calabozo. (*Gritos: ¡ que muera! Llevan á Celis al calabozo destinado á Beltranena. Todos salen. Gritos: ¡ muera! — Viva el pueblo! ¡ Viva Júpiter! Jorge habla aparte á Beltranena*)

Beltranena.—(*Aparte á Jorge*). Celis va á ocupar mi lu-

gar y Aycinena, á quien mandé aviso esta mañana, podrá llegar por la noche. Hemos triunfado. (*Salen*).

ESCENA VII

JÚPITER, *solo.*

Mi odio se despierta irresistible y de golpe. Ah! señor de Celis, vos sabéis cuando se debe hacer justicia y herir con la propia mano. Si hubiese resultado que yo os traicionaba, á vosotros los traidores, habriáis sido vos, decíais anoche, quien me hubiera dado muerte: ahora sois vos quien me traiciona á mí, y vuestra traición es cierta, y el puñal que debe heriros es éste. *(Desemboza su puñal)*. Porqué tiemblo?.... Porqué siento correr el frío por mi cuerpo?.... (*Pausa*). Es traidor, es impío, es hereje, es blasfemo. ¿No se dice: "el rey lo quiere" "Dios lo quiere"!....¡Pues yo soy el rey! (*Entra en el calabozo de Celis y cierra tras sí la puerta*).

ESCENA VIII

VACÍO: (*Rápido*).

Celis.—(*Dentro*). Ah!....muero!.... (*Blanca pasa por el fondo, en la galería, sin entrar*).

Blanca, (*dentro*).—Júpiter! Júpiter!

ESCENA IX

JÚPITER; *luego* BLANCA.

Júpiter aparece vacilante y llega hasta la mitad de la escena. Blanca entra precipitadamente y con el cabello desordenado, por la puerta del fondo.

Blanca.—Dónde está Júpiter?

Júpiter.—Ella!!! (*Sordamente. Retrocediendo hasta el proscenio*).

Blanca.—Oh! no lo he creído.... se me dice que le habéis condenado á muerte.... Oh, no me digáis nada.... Os digo que no lo he creído. Podía olvidar vuestro juramento?.... Los soldados no me querían dejar entrar y les he dicho que vos castigariaís su insolencia, y os he llamado, y entonces me abrieron paso.... Porqué tembláis?.... Responded.... Responded. (*Júpiter calla*). Leo en vuestro semblante que sois implacable.... Sí; nada me digáis: no lo necesito: pedís el premio de vuestro sacrificio, ¿soy yo, no es cierto? Os juro que á falta de amor, mi gratitud puede igualarlo: ¿queréis más?.... estoy atenta á vuestro menor deseo ..... tomad mi mano, Señor.... (*Júpiter permanece aterrado*) No me habéis escuchado?..... Oh! no me negaréis su vida! (*Finge seguridad y alegría*). Si no lo creo, os digo.. no...... Habéis sufrido tanto por él, no es verdad?...... Oh! no os conmuevo....Sé que me amabais mucho ...Si yo lo sé bien, Júpiter!....

No haréis que me desespere.... Es posible que amándome tánto os complazcáis en verme áterrada?.... Qué pensáis?.... Ah! yo tiemblo!.... (*Llora con grandes sollozos.*) Júpiter, no os ofendáis.... lloro, no porque os tema, pero me hacéis sufrir: habladme .. Mi padre os rechazó?... ¿Qué importa? Yo os acepto. Habéis oído?.... Yo.... ¿Habéis oído?.... ah! (*Cae de rodillas*) Vedme. Quiero sanar todas las heridas de vuestro amor y de vuestro orgullo.... Miradme. Blanca de rodillas os ofrece su mano.... Oís? .. ¡Soy vuestra! ....(*Júpiter se conmueve.*) ¡Vuestra! (*Júpiter solloza.*) Llora!.... Ah, llora! (*Con un grito de alegría.*) ¡Os digo que soy vuestra! (*Se levanta radiante.*) Se ha salvado. Vamos, Júpiter, vamos á libertar á mi Padre.... vamos á libertarle, esposo mío.... Yo le hablaré: no vaciléis.... no temáis.... Yo le hablaré por los dos.

Júpiter.—(*Con delirio*). Por los dos! Si, vamos .... (*Vacilante*).

Blanca.—Vamos! ....(*Dan varios pasos hacia el fondo.*) No vaciléis.... El hará lo que yo quiera.... seréis su hijo.... mi marido.... Venid! llegaremos juntos.... Dadme la mano....(*Júpiter sonambulo, va á extender la mano en que tiene el puñal ensangrentado.*)

Júpiter.—(*Aparte*). Horror! (*Esconde la mano*). Está ensangrentada.

Blanca.—Júpiter, vamos....... vamos

Júpiter.—Ah! venció el infierno!.... Venid y mirad....

Blanca.—Qué decís, Júpiter? Vuestra vacilación me ofende.......Dónde está mi padre?.........

Júpiter.—Allí: es allí: mirad! (*Blanca avanza vacilante*).

Blanca.—Allí? ...por qué tembláis....Le diré que ya está en libertad, no es cierto? que soy vuestra esposa....tembláis....

Júpiter.—Oh acabad!... mirad .....*Blanca ha llegado á la puerta del calabozo*). Me va ver......no: no sufriré que ella me vuelva á ver!....

Blanca.—Ah!! (*Grito de horror*). Horror! ¡Oh, yo sueño! ...Venid, yo sueño!....(*En el momento en que Blanca vuelve el semblante horrorizada, Júpiter alza el puñal*).

Blanca.—El! ...

Júpiter.—Yo....yo. (*Se hiere y cae*).

Blanca.—¡Ah!!....(*Se dirije vacilando á la mesa y se apoya en ella; solloza. Telón*).

FIN DEL DRAMA.

